HONORIO MAURA

RAQUEL

Comedia en tres actos

50 cts.

2P
(66)

la pantalla

Semanario Español de Cinematografía.

Director: ANTONIO BARBERO
Editado en RIVADENEYRA
Paseo de San Vicente, 20.
MADRID

Publica todas las semanas, como mínimo, 16 grandes páginas profusamente ilustradas en huecograbado.

TODOS LOS AFICIONADOS AL CINE DEBEN LEER LA PANTALLA, QUE CONSTITUYE LA VERDADERA GUÍA DE LA CINEMATOGRAFÍA MUNDIAL

Precios de suscripción: Madrid, provincias y posesiones españolas: semestre, 5,50 pesetas; año, 10.—América, Filipinas y Portugal: semestre, 7 pesetas; año, 12.—Extranjero: semestre, 11 pesetas; año, 20.

9391

RAQUEL

HONORIO MAURA

RAQUEL

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Lara, de Madrid,
el día 16 de noviembre de 1928.

EL NAUFRAGO

PASATIEMPO REPRESENTABLE, EN UN ACTO

DIBUJOS DE ALMADA

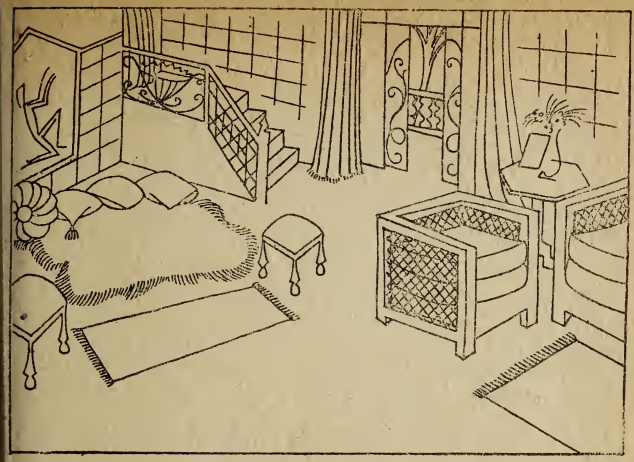
LA FARSA

AÑO II | 8 DE DICIEMBRE DE 1928 | NUM. 66

MADRID

REPARTO

PERSONAJES	INTÉRPRETES
Raquel	Carmen Díaz,
Milagros	Leocadia Alba.
Dora	Margarita Larrea.
Nicasia	Matilde M. Sampedro.
Sandoval	Rafael Bardem.
Xavier	Antonio Vico.
Miguelito	F. Fernández de Córdol
Don Leandro	Gaspar Campos.
Don Adolfo	Manuel Nogales.
Don Santos	Manuel M. Galeano.
Eladio	Manuel Díaz.



ACTO PRIMERO

a acción en Hontañón, ciudad imaginaria del Norte de España, que bien pudiera ser Santander. Un saloncito confortable y coquetón de una mujer refinada. Muebles cómodos y elegantes. Una cama turca con una piel de vicuña encima. Grabados, cuadros y lámparas de buen gusto. Puertas a derecha e izquierda. Una gran puerta-balcón al fondo, que da a una terraza sobre el jardín. Por la tarde, anocheciendo.

(Al levantarse el telón la escena está desierta. A los pos segundos aparece RAQUEL, *una mujer de unos treinta cinco años, guapa, esbelta y, sobre todo, de una gran faha. Tras ella entra* MILAGROS, *una mujer de unos cincuen- años, pelo blanco, bien vestida, pero con modestia. Una pecie de ama de llaves distinguida. Tutea a Raquel.)*

RAQUEL.—*(Dejando el bastón sobre una mesa y sentánose en la cama turca.)* ¿No hay novedad?

MILAGROS.—*(De pie ante ella.)* Hay varias.

RAQUEL.—¿Como cuáles?

MILAGROS.—Han estado aquí, y volverán dentro de un to, tres señores.

RAQUEL.—¿Tres señores? ¿Quiénes?

MILAGROS.—No han dicho sus nombres. Desde luego son

671140

del país. Han dicho no sé qué de las fuerzas vivas de Hontañón.

RAQUEL.—¿Y qué aspecto tienen?

MILAGROS.—¡Regular! Como todos los de este pueblo.

RAQUEL.—Ciudad, Milagros; ciudad. La muy noble y muy leal ciudad de Hontañón.

MILAGROS.—¡Bueno; pues ciudad; pero ellos son unos fachas!

RAQUEL.—¿Y qué más?

MILAGROS.—Que ahí tienes esperando a otra moza, que viene a pretender para criada.

RAQUEL.—¿Qué tal es?

MILAGROS.—Como todas las de este..., las de esta ciudad... Alta, hermosota, bastota. Como para acabarte la vajilla en una semana.

RAQUEL.—¡Que pase!

MILAGROS.—Antes, una pregunta.

RAQUEL.—¡Tú dirás!

MILAGROS.—¿Estás decidida a quedarte aquí toda la vida?

RAQUEL.—Toda la vida es mucho decir. El tiempo que me convenga. Por ahora, sí. ¿Por qué?

MILAGROS.—Porque yo, sintiéndolo mucho...

RAQUEL.—Calla. Ya sé lo que vas a decirme. Lo que me has dicho siempre que hemos pasado unos días fuera de Madrid... ¡Que tú te vas! Bien. Lo tendré en cuenta. Que pase esa moza. *(Sale Milagros. A los pocos segundos vuelve con una aldeana, sana, rolliza, de aspecto simpático. A Milagros.)* Puedes dejarnos. *(Milagros sale, lanzando una mirada furibunda a la aldeana.)* ¿Cómo te llamas?

NICASIA.—Nicasia, señorita.

RAQUEL.—¿Eres de Hontañón?

NICASIA.—No, señorita; de Renedo. Un pueblo aquí junto.

RAQUEL.—¿Has servido alguna vez?

NICASIA.—Aún no.

RAQUEL.—¿Pero sabes algo del servicio?

NICASIA.—Según. Sé lavar; sé coser...

RAQUEL.—¿Nada más?

NICASIA.—Buena voluntad no me falta; tonta no soy; lo que sea menester lo aprenderé.

RAQUEL.—¿Y qué quieres ganar?

NICASIA.—Eso, lo que a la señorita le parezca.

RAQUEL.—No, no. Tú tendrás tus aspiraciones. ¡Di cuáles!

NICASIA.—No sé... Lo de menos es lo que gane. Yo lo que quiero es servir aquí...

RAQUEL.—¿Aquí? ¿Dónde? ¿En Montañón?

NICASIA.—No, no. Aquí. En su casa.

RAQUEL.—¿Por qué precisamente en mi casa?

NICASIA.—Porque sí... Porque quiero estar cerca de la señorita.

RAQUEL.—¿Me conocías?

NICASIA.—Otra. ¿Pues no tenía de conocerla? ¿Y quién no conoce a la señorita en estos contornos?

RAQUEL.—¿En ocho días que llevo aquí?

NICASIA.—Aquí lleva ocho días la señorita; pero por ahí lleva ya muchos años saliendo en los papeles. ¡Si la señorita es famosa en todo el mundo!

RAQUEL.—¿Tú crees?

NICASIA.—La señorita quiere reírse de mí. ¡De sobra que lo sabe!

RAQUEL.—¿Entonces tú entras a servir aquí por mí?

NICASIA.—*(Con entusiasmo.)* ¡Sí, señorita!

RAQUEL.—Bueno; pues di a Milagros que te dé un delantal y te enseñe cuál es tu obligación.

NICASIA.—Entonces, ¿me quedo?

RAQUEL.—Sí, te quedas.

NICASIA.—¿De veras, señorita?

RAQUEL.—De veras, mujer. ¡Milagros!

MILAGROS.—*(Entrando.)* ¿Qué quieres?

RAQUEL.—Esta chica se queda. Por de pronto la pones en el "office" y para hacer la limpieza. Luego, ya veremos. Si vienen esos señores, los fachas como tú dices, que esperen, que en seguida vuelvo. Voy a mudarme de ropa. *(Sale por la puerta de la derecha.)*

MILAGROS.—¿Tú sabes tu obligación?

NICASIA.—Yo creo que sí.

MILAGROS.—¿Sabes fregar platos?

NICASIA.—¡Anda! ¡Pues no he de saber!

MILAGROS.—¿Rompes muchos?

NICASIA.—¡Según! ¿Son de porcelana?

MILAGROS.—¡Querrás que sean de hierro!

NICASIA.—Yo creo que uno que rompa cada dos o tres días no será mucho.

MILAGROS.—Tú verás lo que haces. En cuanto llegues a la docena, ¡al pueblo!

NICASIA.—Descuide, que tendré mucho cuidado.

MILAGROS.—Pues anda, vete a la cocina y espérame allí, que me parece que han llamado. *(Sale Milagros por la izquierda y Nicasia por la derecha. A los pocos momentos vuelve* MILAGROS, *seguida de tres señores:* DON ADOLFO, DON SANTOS *y* DON LEANDRO. *Los tres visten muy pasados*

de moda. Don Leandro y don Santos llevan jipis y paraguas-sombrillas.) Pasen ustedes y siéntense. Mi señorita saldrá en seguida. *(Los tres se sientan. Miradas escrutadoras y tímidas al principio. Luego, más atrevidas.)*

DON LEANDRO.—Os habréis fijado en que ha dicho "mi señorita".

DON ADOLFO.—¿Y qué?

DON LEANDRO.—Que lo propio era decir "mi señora".

DON SANTOS.—¿Qué más da?

DON LEANDRO.—Mucho. Es un matiz. Pero muy significativo. Yo sigo creyendo...

DON ADOLFO.—¿Qué crees tú?

DON LEANDRO.—Que este paso que vamos a dar es un poco arriesgado...

DON ADOLFO.—Estamos a tiempo. ¡Lárgate!

DON LEANDRO.—De ninguna manera. Correré vuestra suerte.

DON SANTOS.—¡Pues entonces te callas!

DON ADOLFO.—¿Y quién va a tomar la palabra?

DON LEANDRO.—Desde luego, yo.

DON SANTOS.—¿Por qué?

DON LEANDRO.—Porque he sido senador, he pasado temporadas en Madrid y estuve una vez en París, el 900...

DON ADOLFO.—Eso no basta. Yo he estado después dos veces a punto de ir a Londres.

DON LEANDRO.—Pero te quedaste. Hablaré yo. Tengo más costumbre.

DON SANTOS.—No parece sino que nosotros somos unos colegiales.

DON LEANDRO.—No digo eso. Pero esta clase de mujeres requiere un tacto especial; claro que en el buen sentido de la palabra...

DON SANTOS.—Desde luego.

DON LEANDRO.—Y sólo habiendo viajado... *(Pausa.)*

DON ADOLFO.—*(A media voz.)* Está bien este saloncito...

DON LEANDRO.—Bien. Un poco cocotesco quizá.

DON SANTOS.—¿Por qué cocotesco?

DON LEANDRO.—¡Porque sí!

DON ADOLFO.—¿En qué lo conoces?

DON LEANDRO.—En todo. El ambiente, la luz, esa piel.. No es nada, es un matiz; pero se ve dónde estamos.

DON ADOLFO.—Ya te he dicho que te vayas si no te conviene.

DON LEANDRO.—De ninguna manera. Por supuesto, esta visita...

DON SANTOS.—Esta visita..., ¿qué?

DON LEANDRO.—Quiero decir que no hay para qué pregonar que hemos estado aquí.

DON SANTOS.—Eso, allá vosotros. Yo puedo hacer lo que quiera. Para algo soy viudo.

DON LEANDRO.—Bueno; pero los que no tenemos esa suerte...

DON SANTOS.—Puedes estar tranquilo. ¡Por mí no se sabrá! *(Otro silencio.)*

DON ADOLFO.—¿Qué estará haciendo?

DON LEANDRO.—Se está bañando.

DON ADOLFO.—¿Quién te lo ha dicho?

DON LEANDRO.—Mi experiencia.

DON SANTOS.—¿Bañándose a estas horas?

DON LEANDRO.—Precisamente. Para estas mujeres es la hora.

DON ADOLFO.—¡Bah!

DON LEANDRO.—¡Ah! ¿Conque no? ¡Claro! ¿Vosotros qué sabéis de esto?

DON SANTOS.—Entonces tenemos para rato.

DON LEANDRO.—No lo creas. El baño de las grandes cortesanas son perfumados, pero cortos... Como lo toman casi a diario...

DON SANTOS.—*(A don Adolfo.)* ¿Será verdad que está tan enterado?

DON ADOLFO.—No le hagas caso. Se adorna. *(Don Leandro va a replicar; pero se abre la puerta y aparece* RAQUEL, *vestida con un traje de casa muy elegante. Los tres se ponen en pie.)*

RAQUEL.—*(Natural y amable.)* Señores... ¿A quién tengo el gusto de recibir en esta su casa?

DON LEANDRO.—Permítame, "señora" *(Subraya la palabra, mirando a sus compañeros.)*, que le presente: don Adolfo Cantón, presidente de la Liga contra el cáncer y la blasfemia; don Santos de la Humosa, de la Junta de Obras del puerto, y este modesto servidor, Leandro Corraleda, ex alcalde, ex senador, y en la actualidad, tesorero de la Comisión del monumento al somatenista desconocido, y gran admirador de usted...

DON SANTOS.—¡Como nosotros!

DON ADOLFO.—¿Y quién no?

RAQUEL.—Muy amables. ¡Pero siéntense ustedes!

DON LEANDRO.—*(Mundano.)* ¡Usted primero!

RAQUEL.—*(Con un poco de guasa.)* Bueno; si es necesario... *(Se sientan todos.)* ¿Y a qué debo el honor...?

DON LEANDRO.—El honor es el nuestro... Venimos, un poco oficiosamente, a dar a usted las gracias por el dona-

tivo que tuvo a bien enviar hace un mes, y que fué algo así como el nuncio precursor de su llegada a este hospitalario rincón de la Montaña...

RAQUEL.—¡Por Dios! ¡No vale la pena ni de hablar de ello!

DON LEANDRO.—Sí, señora. Vale la pena. Un rasgo así parece que no es nada; es un matiz, pero es mucho. La Liga contra el cáncer, las obras del puerto y el monumento al somatenista han cobrado al calor de su desprendimiento nuevos impulsos...

RAQUEL.—¿De modo que se ha empleado el dinero en eso?

DON LEANDRO.—Hemos creído, al hacerlo, interpretar sus deseos. "Para los necesitados de Hontañón", decía la carta que acompañaba al cheque. Estos que hemos dicho son los únicos necesitados de Hontañón, que puede vanagloriarse de no tener pobres...

RAQUEL.—Más vale así...

DON LEANDRO.—Nuestra provincia, famosa por la abundancia de su mineral de hierro, lo es tanto o más porque contamos en ella con tres archimillonarios filántropos, doce millonarios simplemente caritativos, quince que lo son menos, pero hacen donativos de vez en cuando para salir en los periódicos...

RAQUEL.—Es una estadística admirable...

DON LEANDRO.—De la que podemos estar orgullosos, como lo estaremos en lo sucesivo de contar entre los habitantes de la provincia a la genial artista que supo en día...

RAQUEL.—Un momento, amigo...

DON LEANDRO.—Corraleda. Leandro Corraleda; pero le ruego que me llame Leandro...

RAQUEL.—Puede usted estar satisfecho, porque aún se le conoce que ha sido cocinero...

DON LEANDRO.—Gracias, señora.

RAQUEL.—Pero yo detesto los discursos, y le suplico que no siga. Les agradezco mucho el paso que acaban de dar, y espero que durante el tiempo que yo permanezca aquí...

DON LEANDRO.—¿Será mucho, si no es indiscreción?

RAQUEL.—Aún no lo sé.

DON LEANDRO.—Sin embargo, las obras que ha hecho usted en "La Casona" son de tal importancia...

RAQUEL.—Pues a pesar de ello no sé el tiempo que estaré aquí. Depende... A lo mejor, toda la vida; a lo peor, quince días... ¡Quién sabe!

DON LEANDRO.—¡Dichosa usted!

RAQUEL.—¿Por?

DON LEANDRO.—¡Por eso! Porque no sabe usted lo que pasará dentro de quince días... Nosotros, en cambio, estamos condenados...

DON SANTOS.—Habla por ti. Yo soy viudo...

DON LEANDRO.—Ya lo sabemos. Pero quiero decir que sabemos también que, pase lo que pase, nuestra vida será siempre la misma, siempre monótona, sin imprevistos, sin matices, condenados a Hontañón perpetuo...

RAQUEL.—¿Y el gusto de vivir en la provincia de más hierro y más millonarios?

DON LEANDRO.—Eso, para los discursos; pero luego no compensa...

RAQUEL.—¿Es usted partidario de la variación?

DON LEANDRO.—¿Y quién no?

RAQUEL.—Entonces comprendo su tragedia. Hontañón es poco movido.

DON LEANDRO.—¿Lo conocía usted?

RAQUEL.—Algo. ¡Viví aquí de niña..., hace ya muchos años!

DON SANTOS.—No pueden ser muchos...

DON LEANDRO.—Me lo ha quitado de la boca.

RAQUEL.—Son ustedes muy galantes... Además, nosotras vivimos tan de prisa...

DON LEANDRO.—¡Y nosotros, en cambio, tan despacio!

RAQUEL.—No se quejen ustedes. También la tradición tiene sus encantos. Y estoy segura de que en Hontañón no ha cambiado nada.

DON LEANDRO.—Ni ha cambiado, ni cambiará.

RAQUEL.—Por lo poco que he ido allí estos días me he podido dar cuenta. Por las mañanas, el paseo en la calle de la Blanca y la de San Francisco. Por las tardes, a arrastrar los pies al muelle...

DON LEANDRO.—Así es. Y que no nos falte eso...

RAQUEL.—Todo está igual... *(Mirándoles y riéndose.)* todo...

DON LEANDRO.—¿Por qué ríe usted?

RAQUEL.—Si no se enfada se lo digo.

DON LEANDRO.—*(Un poco amoscado.)* ¡No!... ¡Diga!

RAQUEL.—*(Señalando los de ellos.)* Hasta los mismos jipis y los mismos paraguas-sombrillas que usaban los señores formales cuando yo era joven... Pero ahora, díganme ustedes con franqueza: ¿qué impresión han sacado ustedes de su visita de exploración?

DON LEANDRO.—¿Por qué dice usted eso?

RAQUEL.—Porque ya comprenderán que no he creído ni un momento en el otro pretexto. Ustedes a lo que han ve-

nido es a ver de cerca a Raquel, la mujer de la leyenda fabulosa, la que dicen que enamoró a príncipes y arruinó a poderosos, la que cuentan que destrozó vidas y sembró lágrimas y tragedias por donde fué... Confiesen ustedes... Han venido ustedes a mí, un poco por curiosidad malsana, y otro poco, y perdonen ustedes el símil, ya que estamos cerca del mal, a ver lo que se pesca... No, no se asusten ustedes... No crean ustedes que me enfado. ¡Es natural! Y además, estoy ya tan acostumbrada... Pero ya están ustedes satisfechos. Y pueden decir en Hontañón que me han visto de cerca y que no tengo garras de tigre, ni mirada de leona, ni aspecto trágico. Pueden decir que se han encontrado aquí con una pacífica burguesa que no tiene más aspiración que la de pasar unos días o unos meses, tranquila y olvidada en esta casona montañesa, a unas cuantas leguas de ese Hontañón tan pacífico, tan tradicional, tan sedante... ¿Harán ustedes el favor de repetirlo así?

DON LEANDRO.—Señora... Nosotros...

RAQUEL.—Yo siento contrariarles... Yo comprendo que para Hontañón, donde hay tan pocas novedades, era más interesante la otra, la Raquel de la leyenda; pero no cuenten ustedes con ella. ¡Esa ha quedado por ahí! ¿Qué querían ustedes que viniera a hacer a Hontañón?

DON LEANDRO.—Desde luego, a aburrirse.

RAQUEL.—Por eso no la he traído. Y, sintiéndolo mucho, sólo puedo ofrecerles a la que promete interesarse por las obras del puerto y el monumento al somatenista... *(Se pone en pie.)* Y espero que esta visita no será la última... *(Los tres se levantan.)*

DON ADOLFO.—Nosotros no quisiéramos molestar...

RAQUEL.—De ninguna manera. Al contrario. Me distraerán ustedes. Eso sí. Yo sentiría que el venir ustedes aquí pudiera ser motivo de escándalo o disgustos...

DON SANTOS.—Yo, como soy viudo...

RAQUEL.—Pero estos señores...

DON ADOLFO.—No; verá usted... Como "La Casona" está a doce kilómetros de Hontañón, viniendo anochecido, como hoy...

DON LEANDRO.—Y además todos juntos...

RAQUEL.—*(Con ironía.)* Ahí tiene usted, eso me parece muy acertado. Así podrán defenderse mutuamente si algún día despierta la leona...

DON LEANDRO.—¡Qué cosas tiene usted!

RAQUEL.—¿Quién sabe? ¡Todo el posible! *(Llamando.)* ¡Milagros!

MILAGROS.—*(Entrando.)* ¿Señora?

RAQUEL.—Acompaña a estos caballeros... *(Se despiden los tres con torpeza y un poco de azoramiento. Raquel queda en pie, viéndolos salir con una sonrisa un poco despreciativa. Salen. A los pocos segundos vuelve a entrar* DON LEANDRO *solo. Se acerca a ella, y en tono confidencial dice.)*

DON LEANDRO.—Usted perdone. Mis amigos no la han comprendido. ¡Yo, sí! ¿Me permitirá usted que algún día vuelva solo? Y si despierta la leona, yo no tengo miedo... Aunque le parezca mentira, llevo el cuerpo lleno de arañazos... He estado una vez doce días en París. Es un matiz... ¿Me comprende?...

RAQUEL.—*(En el fondo divertidísima.)* ¡Ya lo creo! Perfectamente. Vaya, vaya, don Leandro, que le van a echar de menos sus amigos... *(Sale don Leandro definitivamente, encantado de su habilidad. Raquel se sienta en la cama turca. Enciende un cigarrillo, coge una baraja francesa y se pone a echarse las cartas.)*

MILAGROS.—*(Que vuelve.)* ¿A qué venían esos pelmazos?

RAQUEL.—*(Sin mirarla.)* ¿A qué querías que vinieran? A verme de cerca.

MILAGROS.—¿Y les has aguantado?

RAQUEL.—¿Por qué no? ¿Qué me importan? ¿Qué me importa nada?

MILAGROS.—¿Neurasténica?

RAQUEL.—No sé. Ahora déjame... Que esté la comida a las ocho en punto...

MILAGROS.—Estará. ¿Nada más?

RAQUEL.—Nada más. *(Sale Milagros. Raquel sigue fumando y colocando cartas un poco distraída. De pronto interrumpe su ocupación y escucha. Le ha parecido oír ruido en el cuarto de la izquierda, que es el vestíbulo. Nada. Sigue con las cartas. En el dintel de la puerta aparece, sin que ella lo vea, un joven de veintitantos años, buena facha, elegante. Aspecto juvenil, pero no tímido. Se para en la puerta y contempla a Raquel. Raquel en uno de sus movimientos lo ve. Sin miedo, casi sin sorpresa, dice.)* ¿Qué hace usted ahí?

XAVIER.—¡Contemplarla a usted!

RAQUEL.—*(Dejando las cartas, entre altiva y curiosa.)* ¿Me hace usted el favor de decirme quién es?

XAVIER.—¿No lo ve usted? Un hombre.

RAQUEL.—*(Después de examinarle.)* ¡Ya!

XAVIER.—Ya. Aunque usted no lo crea.

RAQUEL.—Pongamos que tiene usted razón. ¿Qué desea usted de mí?

XAVIER.—¡Tantas cosas!

RAQUEL.—Diga usted alguna.

XAVIER.—Por de pronto, hablar con usted.

RAQUEL.—¿Y se puede saber cómo ha entrado usted aquí?

XAVIER.—Se puede saber; pero no hace falta. Es lo de menos. Lo importante es que he entrado.

RAQUEL.—¿Y si yo le dijera que se marchara?

XAVIER.—No me iría.

RAQUEL.—¿Está usted seguro?

XAVIER.—¡Pruebe usted!

RAQUEL.—¿Tiene usted tanto interés en hablar conmigo?

XAVIER.—¡No lo puede usted imaginar!

RAQUEL.—Bien. Entonces, pase. Deje su sombrero ahí... ¡Siéntese!

XAVIER.—*(Maravillado de lo fácil que resulta algo que él imaginó dificilísimo.)* ¿De veras puedo pasar?

RAQUEL.—De veras. *(Xavier entra en la habitación. Deja el sombrero sobre una silla y se sienta en una butaca, cerca de la cama turca. Se ve que Xavier ha perdido todo el aplomo al no encontrar resistencia. Raquel le dice con naturalidad.)* ¡Usted dirá!

XAVIER.—Ante todo, ¿me perdona usted?

RAQUEL.—Perdonar..., ¿qué?

XAVIER.—Eso. Entrar así en su casa...

RAQUEL.—No debía perdonárselo, porque ésas son cosas de chicos..., y usted ya es un hombre...

XAVIER.—No se ría usted de mí. ¿Me perdona?

RAQUEL.—¡Perdonado!

XAVIER.—¿De veras?

RAQUEL.—¡Es usted muy incrédulo!

XAVIER.—Es que me parece mentira que sea verdad todo esto; que esté yo aquí, delante de usted; que usted me escuche; que me deje hablarla, decirla lo que tantas veces he soñado con decirla...

RAQUEL.—¿Y es?

XAVIER.—¿No lo sospecha usted?

RAQUEL.—No. ¡Diga!

XAVIER.—¡Que es usted el primero y único amor de mi vida!

RAQUEL.—¿Es posible? ¿Desde cuándo?

XAVIER.—Desde que la conocí. Hace tres años. Trabajaba usted en Madrid... ¿Se acuerda usted? Era la noche de su debut. El escenario estaba lleno de cestas de flores. Yo no la había visto nunca. Salió usted, y desde ese momento comprendí que tenía que enamorarme de usted. Y era un niño, entonces sí que lo era..., y desde aquella no

che fuí un hombre... Usted ha querido alguna vez; usted sabe lo que es querer, y si lo sabe comprenderá lo que yo he pasado hasta hoy y no se burlará de mí... Pero hoy doy por bien empleado todo, todo, y más que hubiera sufrido, sólo por este momento. ¿Me escucha usted? ¿Me cree? ¿No se ríe usted de mí?

RAQUEL.—¿Por qué me voy a reír de usted?

XAVIER.—¿Por qué? ¿Quién soy yo para acercarme a usted? Yo mismo no me reconozco. Si hace una hora me hubieran dicho: la vas a ver, te va a recibir y vas a poder decirla un poco de lo que sientes, no me hubiera creído capaz. Y, sin embargo, ya ve, aquí estoy, delante de usted, y hablo y me atrevo... *(Raquel sonríe.)* ¿Se ríe usted?

RAQUEL.—Me hace gracia su vehemencia. ¿Cuántos años tiene usted?

XAVIER.—Veinticuatro. Pero en el alma llevo treinta.

RAQUEL.—Afortunadamente para usted, no es así. Ni falta que hace.

XAVIER.—¿No le parecen ridículos mis veinticuatro años?

RAQUEL.—¿Por qué? ¡Ni aunque fueran veintidós!

XAVIER.—Esos son los que tengo...

RAQUEL.—¡Qué chiquillo!

XAVIER.—¿Lo ve usted?

RAQUEL.—Lo digo por su afán de ponerse años. Y ahora que ya estamos más en confianza, ¿quiere usted explicarme cómo ha entrado usted?

XAVIER.—Yo mismo no lo sé. Vine a rondar "La Casona", como vine ayer y anteayer, para estar cerca de usted. Vi salir a esos señores que han estado aquí, y de pronto... no sé qué fuerza misteriosa me dijo: "¡Entra!"... La puerta del jardín estaba abierta; la de la casa también... He visto luz...

RAQUEL.—¿No tenía usted miedo?

XAVIER.—¿Miedo a qué? Lo peor que me podía pasar era no verla...

RAQUEL.—¿Y no se le ha ocurrido a usted que tal vez esta visita pudiera comprometerme?

XAVIER.—¿De veras? ¿Le contraría a usted? ¿Es verdad lo que dicen en Hontañón?

RAQUEL.—¿Qué es lo que dicen?

XAVIER.—Que alguien viene a verla en secreto por las tardes...

RAQUEL.—Tranquilícese usted. Hasta hoy no era verdad eso que dicen en Hontañón.

XAVIER.—¿Entonces no la molesto? ¿No la comprometo?

RAQUEL.—No me molesta usted. Ni me compromete. Soy completamente libre.

XAVIER.—¿No quiere usted a nadie?

RAQUEL.—¿Usted qué cree?

XAVIER.—¡Yo no me atrevo a creer nada!

RAQUEL.—No quiero a nadie.

XAVIER.—*(Encantado.)* ¡Déjeme usted que la bese la mano!

RAQUEL.—¿Sabe usted que para ser la primera vez que quiere está usted muy adelantado?

XAVIER.—Perdóneme. No sé ni lo que digo. ¡Si supiera usted lo feliz que soy!

RAQUEL.—¡Dichoso usted que es feliz con tan poca cosa!

XAVIER.—¿Le parece a usted esto poca cosa para mí?

RAQUEL.—Bueno; siga usted la historia.

XAVIER.—¿Cuál?

RAQUEL.—La suya. Me vió usted en Madrid... ¿Y luego?...

XAVIER.—Luego, al día siguiente me trajo mi padre a Hontañón.

RAQUEL.—¿Vive usted aquí?

XAVIER.—Siempre. Sólo pasamos algunas temporadas cortas en Madrid.

RAQUEL.—¿Y desde entonces no me ha vuelto usted a ver hasta hoy?

XAVIER.—No, no. La he visto siempre que he ido a Madrid; unas veces en el teatro, otras de lejos, y una vez en San Sebastián. ¿Quiere que le diga las fechas?

RAQUEL.—No es necesario.

XAVIER.—Además, tengo un montón de periódicos y revistas con retratos suyos.

RAQUEL.—¿Es posible?

XAVIER.—¿No me cree usted?

RAQUEL.—Sí, sí; le creo... ¡Pero qué entusiasmo!

XAVIER.—¿Entusiasmo? Más, mucho más, Raquel... ¿No se enfada usted si la llamo por su nombre?

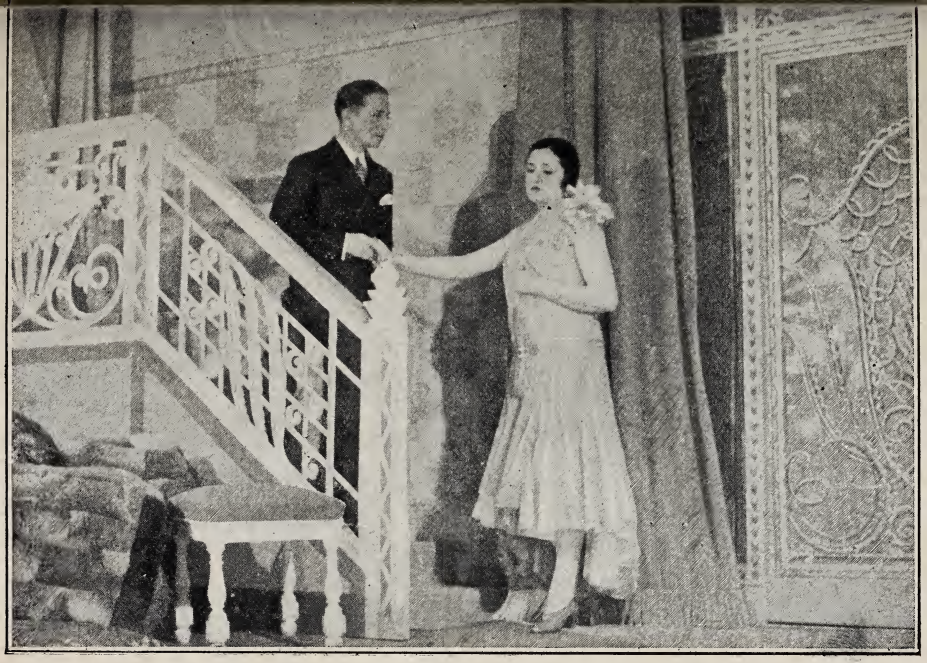
RAQUEL.—¿Pues por cuál me va usted a llamar si no, criatura?

XAVIER.—Es que me parece una falta de respeto. ¡Si usted supiera cuántas cartas la he escrito!

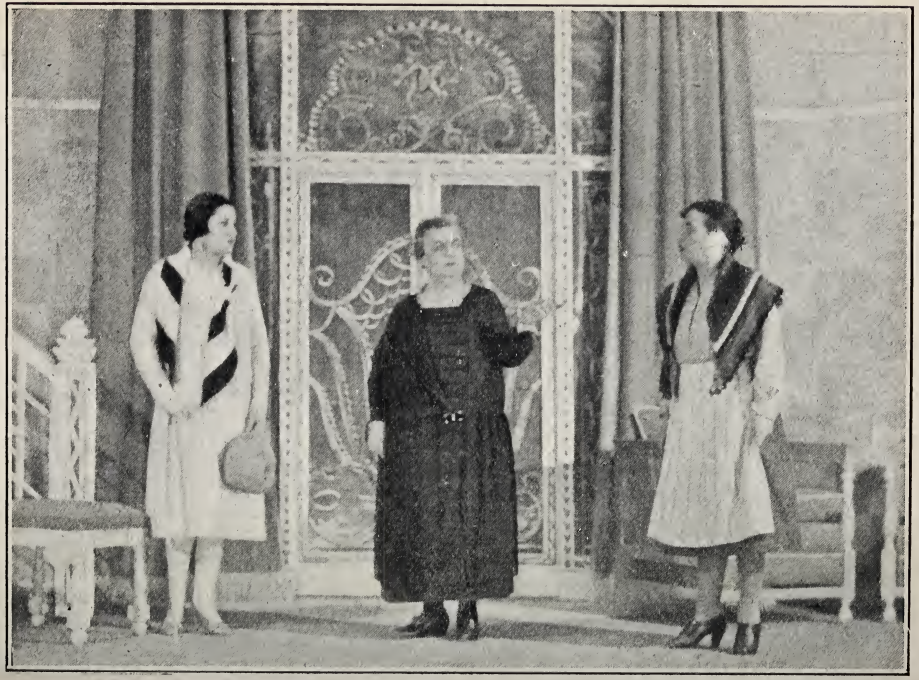
RAQUEL.—¿También eso?

XAVIER.—Pero no la he enviado ninguna. A los dos o tres días las volvía a leer y me parecían ñoñas o atrevidas o cursis y las rompía. Pero al día siguiente volvía a escribir.

RAQUEL.—¿Y qué me decía usted en esas cartas?



Carmen Díaz y Antonio Vico, principales intérpretes de RAQUEL.



XAVIER.—¿De veras quiere usted saberlo?

RAQUEL.—Cuando se lo pregunto...

XAVIER.—No, no... No me atrevo a repetirlo.

RAQUEL.—¿Por qué?

XAVIER.—Porque a solas con el papel se puede ser va-
iente. Pero si ya al pensar que pudiera usted leerlas me
aba miedo y las rompía, ¿qué será al tenerla delante?

RAQUEL.—¿No ha tenido usted un desencanto al verme
e cerca?

XAVIER.—No he mentido nunca. ¿Tengo yo cara de un
ombre desencantado?

RAQUEL.—¿De veras no ha mentido usted nunca?

XAVIER.—¡Nunca!

RAQUEL.—¿Y ahora qué pretende usted de mí?

XAVIER.—Nada. Que me deje usted verla alguna vez,
ablarla, venir aquí un rato, unos minutos, cuando menos
a moleste. Que me permita usted ser un poco su amigo...

RAQUEL.—¿De veras quiere usted que seamos amigos?

XAVIER.—¿Pues no he de querer?

RAQUEL.—Lo primero que hace falta para eso es que
sté usted dispuesto a obedecerme.

XAVIER.—Mándeme. ¿Qué tengo que hacer?

RAQUEL.—Por de pronto, no volver a poner los pies en
sta casa.

XAVIER.—*(Consternado.)* ¡Raquel! ¿Pero la podré ver
n otra parte?

RAQUEL.—Alguna vez. Yo le avisaré. Y ahora, márche-
e usted. Es muy tarde. Pueden verle salir de aquí, y ni
usted ni a mí nos conviene.

XAVIER.—Yo no tengo que dar cuentas a nadie de lo que
iago.

RAQUEL.—¿No quiere usted marcharse?

XAVIER.—Sí; pero antes necesito que me diga usted
uándo volvemos a vernos.

RAQUEL.—Pronto.

XAVIER.—No, no. Diga usted cuándo... ¿Mañana?

RAQUEL.—Es demasiado pronto.

XAVIER.—¿Entonces?

RAQUEL.—Ya veremos. Dentro de unos días... Yo le avi-
saré...

XAVIER.—Si no me dice usted cuándo, yo no salgo de
aquí.

RAQUEL.—Entonces le voy a complacer: ¡Nunca!

XAVIER.—¡¡¡Raquel!!!

RAQUEL.—¡Usted lo ha querido!

XAVIER.—¿Me promete usted que me avisará?

RAQUEL.—Se lo prometo.

XAVIER.—Y nos veremos..., ¿dónde?

RAQUEL.—En cualquier parte... ¿Qué más da? En la carretera. ¿Tiene usted coche?

XAVIER.—A la puerta está.

RAQUEL.—Pues yo iré en el mío. ¿Conoce usted la Fuente del Francés?

XAVIER.—¿No la he de conocer?

RAQUEL.—Allí. Yo le diré a usted el día y la hora.

XAVIER.—¿Y hasta entonces?

RAQUEL.—Hasta entonces, paciencia.

XAVIER.—La tendré; pero no abuse usted de ella.

RAQUEL.—Haré lo que pueda.

XAVIER.—¿Me perdona usted todo?

RAQUEL.—Todo.

XAVIER.—*(Besándola la mano con entusiasmo.)* Entonces, ¿hasta pronto?

RAQUEL.—Hasta pronto. *(Xavier echa a andar. Coge su sombrero, y en la puerta saluda otra vez. Va a salir.)* ¿No olvida usted nada?

XAVIER.—*(Volviendo.)* ¿Yo?

RAQUEL.—¿Cómo quiere usted que le avise si no sé n su nombre?

XAVIER.—¡Qué tontería! Tiene usted razón... Usted perdone... *(Hace ademán de buscar una tarjeta en la cartera.)*

RAQUEL.—¿Cómo se llama usted?

XAVIER.—Xavier.

RAQUEL.—Xavier... Bonito nombre. ¿Y de apellido?

XAVIER.—Sandoval.

RAQUEL.—¿Es usted pariente de Alfonso?

XAVIER.—Es mi padre. ¿Le conoce usted?

RAQUEL.—De oídas... Son ustedes los amos de Hontañón...

XAVIER.—No tanto. Aquí tiene usted mi tarjeta. Y ahora es cuando me voy tranquilo.

RAQUEL.—¿Por qué ahora?

XAVIER.—Porque ahora es cuando creo que me avisar algún día. ¿Para qué iba usted si no a preguntar mi nombre? Sea usted buena. No me haga usted sufrir. ¿Me l promete, Raquel?

RAQUEL.—No le haré sufrir, se lo prometo, Xavier. *(Sa Xavier. Raquel queda en pie, pensativa, con la tarjeta. L vuelve a mirar. La deja sobre la mesa. Se sienta y sigu echándose las cartas. Enciende un cigarrillo. Entra* MILAGROS.*)*

MILAGROS.—¿Qué haces?

RAQUEL.—Ya lo ves. Echando las cartas.

MILAGROS.—Has tenido visita.

RAQUEL.—¿En qué lo conoces?

MILAGROS.—No sé. En algo. Aquí ha estado un hombre.

RAQUEL.—Te equivocas.

MILAGROS.—¿Una mujer?

RAQUEL.—Menos.

MILAGROS.—Entonces...

RAQUEL.—Entonces, preguntas demasiado. Anda, cierra la puerta de la calle, que es de noche ya y estamos en el invierno. *(Milagros sale. Raquel sigue ocupada con sus cartas.)*

MILAGROS.—*(Volviendo.)* Ya está. ¿Deseas alguna cosa?

RAQUEL.—Nada. *(Milagros va a salir. Cuando ya está en la puerta, Raquel la llama.)* ¡Oye!

MILAGROS.—¿Qué quieres?

RAQUEL.—Un valet al lado del siete de pique, ¿qué significa?

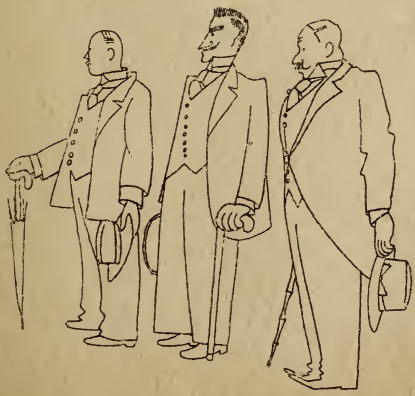
MILAGROS.—Visita inesperada.

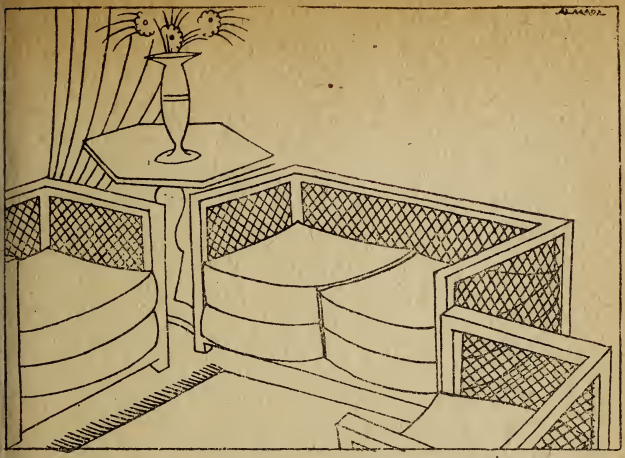
RAQUEL.—¿Y la dama de corazón rodeada de cartas rojas?

MILAGROS.—Venganza probable... ¿Algo más?

RAQUEL.—¡No! Puedes retirarte. *(Sale Milagros, y Raquel queda pensativa mientras cae lento el*

TELON





ACTO SEGUNDO

a misma decoración del primero. Por la tarde... Un día de principios de verano. La puerta-ventana que da al jardín estará abierta. Sobre una mesa, o en sitio bien visible, habrá un retrato de XAVIER.

(Al levantarse el telón la escena está desierta. A los pocos segundos aparece MILAGROS, *seguida de* MIGUELITO PEÑALVA, *cuarenta y cinco años, simpático, buena facha, y una muchacha, como de veintidós a veintitrés años, monísima, muy moderna. Se llama* DORA.*)*

MIGUELITO.—Yo le digo a usted que la señora se alegrará de verme...

MILAGROS.—Y yo le digo a usted que la señora me tiene dada orden de no recibir a nadie que no sepa quién es...

MIGUELITO.—Es que la señora sabe quién soy yo.

MILAGROS.—Pues dígame usted su nombre...

MIGUELITO.—De ninguna manera; quiero sorprenderla...

MILAGROS.—Pues entonces va usted a tardar... en verla...

MIGUELITO.—¿Por qué?

MILAGROS.—Porque la señora está arriba descansand y yo no pienso ir a avisarla...

MIGUELITO.—¿Y si yo se lo ruego?

MILAGROS.—He dicho que no...; y cuando digo que n es que no...

MIGUELITO.—¿De dónde es usted?

MILAGROS.—De Madrid...

MIGUELITO.—¿No tiene usted antecedentes aragoneses?

MILAGROS.—No lo sé; pero le aseguro que a terca no n gana nadie.

MIGUELITO.—Basta. Me ha convencido usted. Dígala u ted que está aquí Miguelito Peñalva con una señorita...

MILAGROS.—¿Cómo se llama la señorita?...

MIGUELITO.—Es igual. La señora no la conoce...

MILAGROS.—*(Después de dudar un momento.)* Buen pues siéntense ustedes y esperen..., porque no sé lo q tardará en bajar la señorita... *(Sale Milagros por la d recha. Vuelve a entrar a los pocos segundos.)* Una pr gunta: la señorita ¿es artista?...

MIGUELITO.—No...

MILAGROS.—¿De veras?

MIGUELITO.—*(Levantándose y extendiendo la mano.)* lo juro... *(Vuelve a salir* MILAGROS.*)*

DORA.—¿Por qué pregunta eso?...

MIGUELITO.—¡Vete a saber!... Bueno, ¿qué? ¿Estás co tenta?

DORA.—¡Encantada!

MIGUELITO.—¿No te quejarás de mí?

DORA.—No. Eres muy amable.

MIGUELITO.—Espero que tú sepas corresponder a e amabilidad.

DORA.—No lo estropees. Si es por interés, ya pierde to la gracia. Oye, ¿no se enfadará?

MIGUELITO.—¿Por qué?

DORA.—¡Porque venimos a verla!

MIGUELITO.—Al contrario. Estará encantada. En e soledad, cualquier visita se agradece, y una como la nu tra, más.

DORA.—Tu visita, tal vez; pero la mía...

MIGUELITO.—¡Ah! La tuya no sé, porque como te l empeñado en no decirme para qué quieres conocer a l quel...

DORA.—Ya te he dicho que para algo que me inter mucho.

MIGUELITO.—Supongo que no vendrás a pedirla nada

DORA.—Supones mal.

MIGUELITO.—¡Ah! Vienes a pedir. ¿No será dinero?

DORA.—¡Dios me libre!

MIGUELITO.—¿Entonces?

DORA.—¿Tú crees que en este mundo sólo se puede pedir dinero?

MIGUELITO.—Te diré. Es una creencia a la que nos tenéis bastante acostumbrados precisamente las mujeres de "este mundo".

DORA.—Puede haber excepciones...

MIGUELITO.—Y siendo, como tú, honrosísimas.

DORA.—Pues tranquilízate... Yo no pido dinero... Ni a ella... Ni a ti...

MIGUELITO.—Hombre..., a mí..., en rigor..., no estaría mal...

DORA.—Muchas gracias...; pero está mejor así... *(Entra* RAQUEL.*)*

RAQUEL.—¡Miguelito!... ¡Qué sorpresa... tan agradable!... ¿Cómo tú por aquí?... *(Se abrazan.)*

MIGUELITO.—Te explicaré...

RAQUEL.—*(Por Dora, sonriente.)* ¿Una conquista?...

MIGUELITO.—Eso quisiera yo. Pero, desgraciadamente, no es así... Una amiga... Sencillamente, una amiga... *(Presentando.)* Dora de Vivar..., la gran Raquel...

DORA.—No sabe usted cómo agradezco a Miguel... el que haya querido traerme...

RAQUEL.—¡Por Dios!... Pues sí que merece la pena... ¿Y se puede saber de dónde salen ustedes?...

MIGUELITO.—De San Sebastián...

RAQUEL.—¿Y adónde vais?...

MIGUELITO.—A ninguna parte... Venimos aquí..., a verte...

RAQUEL.—¡Qué amables!... ¿Es posible?

MIGUELITO.—Como lo oyes. Dora quiera hablar contigo...

RAQUEL.—¿Y de veras no sois más que amigos?

MIGUELITO.—Nada más. Puedes creernos.

RAQUEL.—Me estáis intrigando.

MIGUELITO.—Te advierto que yo lo estoy tanto o más que tú, porque Dora no quiere decirme de qué se trata.

RAQUEL.—¿Es algo secreto?

DORA.—Sí.

RAQUEL.—¿Miguel no puede escucharlo?

DORA.—No.

RAQUEL.—Pues entonces, Miguelito, ya te estás marchando mientras esta señorita...

MIGUELITO.—¿Y adónde queréis que me vaya?

RAQUEL.—Elige... Tienes el parque..., si eres aficionado

a las flores. El gallinero..., si te interesan los tenorios de corral..., y la vaquería al fondo... En cuanto hayamos terminado, te llamaremos.

MIGUELITO.—Perfectamente.

DORA.—Y perdona, ¿eh?

MIGUELITO.—Perdonada. Entonces, hasta luego. Y sed breves. *(Sale Miguel por la izquierda. Raquel y Dora quedan solas.)*

RAQUEL.—*(Cariñosa, a Dora.)* Siéntate. ¿Me permites que te tutee?

DORA.—¡No faltaba más!

RAQUEL.—Pues tú dirás.

DORA.—El caso es que para empezar. .

RAQUEL.—Ante todo, ¿es verdad que Miguelito y tú no tenéis nada que ver?

DORA.—Verdad.

RAQUEL.—¿Hace mucho que le conoces?

DORA.—¡Hace cuatro días! Me lo han presentado en Biarritz.

RAQUEL.—¿Y no te ha hecho la corte?

DORA.—Sí. ¡Ya lo creo!

RAQUEL.—¿No te gusta?

DORA.—No; no es eso... Es que... yo...

RAQUEL.—¿Te gusta otro más?

DORA.—Tampoco... Precisamente he querido consultar con usted porque me encuentro en una situación muy especial...

RAQUEL.—Y crees que yo puedo aconsejarte.

DORA.—Sí: usted, sí. Yo no me llamo Dora de Vivar.

RAQUEL.—Ya lo sospecho. ¿Cuál es tu verdadero nombre en el mundo?

DORA.—María Luisa Robledo.

RAQUEL.—¿Y hace mucho que has dejado de llevarlo?

DORA.—Hace ocho días.

RAQUEL.—Poco es.

DORA.—Además, aunque parezca otra cosa, todavía no he dejado de ser del todo María Luisa Robledo...

RAQUEL.—No lo entiendo. ¿A qué entonces el nombre de guerra?

DORA.—Porque quiero vengarme.

RAQUEL.—¿De quién?

DORA.—De un hombre.

RAQUEL.—¡Comprendo! ¿Has tenido novio?

DORA.—Lo he tenido.

RAQUEL.—¿Y te ha dejado?

DORA.—¡Lo he dejado yo a él!

RAQUEL.—¿Tú a él? ¿Por qué?

DORA.—Porque yo soñaba con ser su mujer, y a él le ha bastado con que fuese su amante.

RAQUEL.—Entonces, ¿no eres rica?

DORA.—Mi familia es modesta y somos muchos hermanos...

RAQUEL.—¿Y le querías mucho?

DORA.—¡Con toda el alma! ¡Para hacer lo que hice!... Pero ahora le detesto. A él... y a todos los hombres.

RAQUEL.—¿Estás segura de eso que dices?

DORA.—¡Segurísima!

RAQUEL.—Bien. ¿Y qué es lo que quieres de mí?

DORA.—No lo sé bien yo misma. Pero he venido a buscar en usted a la mujer que ha triunfado de la vida y de los hombres... a la que sabe hacerles sufrir...

RAQUEL.—¡También tú! También a ti te ha atraído la leyenda de la mujer trágica. ¡No seas niña! Aunque todo ello fuera verdad, ¿crees tú sinceramente que eso se puede aprender?

DORA.—Yo no sé.

RAQUEL.—Y aunque se aprendiera, ¿crees tú que compensa? No. Por fatales que seamos las mujeres, llevamos siempre dentro otra que es todo lo contrario. Créeme... Desiste de tus planes. En el mejor de los casos... Suponiendo que tuvieras condiciones y suerte para triunfar, no te compensaría. Te lo dice quien puede decírtelo. Sigue mi consejo: puesto que aún estás a tiempo, vuelve a ser María Luisa Robledo...

DORA.—Ya es tarde para eso.

RAQUEL.—¿Por qué? ¿Porque te has escapado de casa de tus padres? ¿Porque has vivido ocho días jugando a que ibas a ser una mujer fatal? ¿Y qué? Los padres perdonan siempre. Y tú misma acabas de decir que esos ocho días, en el fondo, han sido bien inocentes.

DORA.—Yo no puedo volver a casa. ¡Me moriría de vergüenza!

RAQUEL.—Mucha más tendrás que pasar hasta perderla del todo en la vida que querías emprender.

DORA.—Y luego, ¿qué va a ser de mí?

RAQUEL.—No lo sé. Pero cualquier porvenir que te espere será mejor que el que tú querías prepararte. ¿Tus padres no saben dónde estás?

DORA.—No.

RAQUEL.—¿Viven en Madrid?

DORA.—En Madrid.

RAQUEL.—Pues ahora mismo vas a ir a ponerles un te-

legrama diciéndoles que llegas mañana. Son las cuatro. A las cinco y diez sale el correo para Madrid. ¿Me vas a obedecer?

DORA.—¿Cree usted que es lo mejor?

RAQUEL.—No creo. Estoy segura. ¿Tienes dinero?

DORA.—Sí; sí, señora.

RAQUEL.—¿Como cuánto?

DORA.—*(Un poco avergonzada.)* Me quedan diez y nueve pesetas.

RAQUEL.—*(Riendo.)* Para una mujer trágica es poco. Casi no alcanza ni para volver a ser una persona decente. Pero no te preocupes. *(Se levanta y llama a un timbre.)* ¿Me prometes que vas a hacer lo que te he dicho?

DORA.—Se lo prometo. *(Entra* MILAGROS.*)*

MILAGROS.—¿Llamaba la señora?

RAQUEL.—Sí. Di a Eladio que saque el automóvil. Vas a ir con esta señorita a Hontañón. Primero, a poner un telegrama. Luego vas a la estación y la tomas un billete con cama para Madrid. Lleva dinero. ¿Comprendido?

MILAGROS.—Comprendido. En seguida vengo. *(Sale Milagros.)*

RAQUEL.—Y ahora..., adiós... Buen viaje, y un poco de valor mañana. No dejes de telegrafiar para que salgan a esperarte tu padre o tu madre a la estación. Estas escenas siempre tiene menos importancia en un andén que en pleno hogar. Adiós, María Luisa.

DORA.—¿Me deja usted que la bese?

RAQUEL.—¿Por qué no, mujer?

DORA.—*(Besándola y abrazándola.)* Gracias, Raquel ¿Puedo escribirla alguna vez? *(Sale* MILAGROS *con sombrero.)*

RAQUEL.—¿Para qué?

DORA.—¿No me deja usted que sea su amiga?

RAQUEL.—No. A María Luisa Robledo no la conviene amigas así.

DORA.—No sea usted mala. ¡La escribiré! *(La vuelve a abrazar.)* Adiós, señora.

RAQUEL.—*(Con un poco de envidia.)* ¡Adiós, mujer! *(Salen Dora y Milagros. Raquel llama. Aparece* NICASIA, *vestida de doncella. Monísima.)*

NICASIA.—¿Señora?

RAQUEL.—Oye, vete al jardín... Encontrarás un señor de estas señas *(Las del actor.)* y le dices que venga.

NICASIA.—Bien, señorita. *(Sale. Raquel se sienta. Suena el teléfono.)*

RAQUEL.—*(Al aparato.)* ¿Quién? Sí, aquí es... ¿De par

te de quién? ¿De don Alfonso Sandoval? ¡Ah! Está ella misma al aparato... Sí. Me dieron el recado, y me dijeron que volvería usted a llamar... ¿Que desea usted verme? ¿Se puede saber para qué?... ¿Reservado y urgente? Venga usted esta tarde... Sí. Hasta las cinco estoy en casa... Hasta luego. *(Cuelga. Entran* MIGUELITO *y* NICASIA.*)*

NICASIA.—¿Es éste el señor que usted quería que le trajera?

RAQUEL.—*(Riéndose.)* El mismo. ¿Dónde estaba?

NICASIA.—En el gallinero.

RAQUEL.—Me lo imaginaba.

NICASIA.—¿Puedo retirarme?

RAQUEL.—¡Retírate!

MIGUELITO.—Oye, Raquel... ¡Que sea enhorabuena!

RAQUEL.—¿Por qué?

MIGUELITO.—Primero, porque tienes unas gallinas... y unos gallos...

RAQUEL.—¿Y después?

MIGUELITO.—Porque esta doncellita... ¿Es del país?

RAQUEL.—Del país.

MIGUELITO.—¿Tienes aquí cuarto de huéspedes?

RAQUEL.—Lo tengo.

MIGUELITO.—No te extrañe que venga a pasar unos días contigo.

RAQUEL.—Nada. ¡Pero avísame con tiempo!

MIGUELITO.—¿Para?

RAQUEL.—Para cambiar el servicio. Te conozco.

MIGUELITO.—Entonces no te extrañe que no venga.

RAQUEL.—Tampoco, por cierto. De ti no me extraña nada.

MIGUELITO.—Oye, ¿y Dora?

RAQUEL.—¡Voló!

MIGUELITO.—¿Adónde?

RAQUEL.—¿Qué te importa?

MIGUELITO.—¿Pero hablas en serio?

RAQUEL.—Completamente.

MIGUELITO.—¿Qué es lo que tenía que decirte?

RAQUEL.—Para repetírtelo no valía la pena de haberte enviado al gallinero.

MIGUELITO.—¿Pero adónde se ha ido? ¿A Hontañón?

RAQUEL.—Más lejos.

MIGUELITO.—¿Volverá?

RAQUEL.—No. Pierde las esperanzas que tuvieras.

MIGUELITO.—Ya me parecía a mí un poco rara. Ahora que encuentro que lo menos que podía haber hecho era despedirse de mí. Me hace venir hasta aquí para esto.

RAQUEL.—Muchas gracias. ¿Yo no soy nadie?

MIGUELITO.—Tú siempre eres tú. Pero reconocerás que lo de esta niña es un poco fuerte. No hay como las debutantes para hacer faenas de éstas.

RAQUEL.—No la eches toda la culpa.

MIGUELITO.—¿Has sido tú la que la ha aconsejado?

RAQUEL.—Yo.

MIGUELITO.—¿Y adónde la has enviado? ¿A un convento?

RAQUEL.—No tanto.

MIGUELITO.—¿Quieres intrigarme?

RAQUEL.—No quiero intrigarte. Pero creo que debes desistir. No pienses más en ella.

MIGUELITO.—¿Y para eso he hecho yo doscientos cincuenta kilómetros?

RAQUEL.—Puede que hayas hecho sin querer una obra de caridad.

MIGUELITO.—Menos mal. Y tú, ¿qué? Piensas quedarte aquí mucho tiempo?

RAQUEL.—¡Vete a saber!

MIGUELITO.—¿No vas a ir por San Sebastián?

RAQUEL.—Puede. *(Desde las frases anteriores está* XAVIER *en la puerta del jardín escuchando. Duda si entrar o no.)*

MIGUELITO.—¿Por qué no te vienes conmigo esta tarde? Anda, anímate. Te llevo. Comemos en Bilbao, y a las doce estamos allá.

XAVIER.—*(Decidiéndose.)* Buenas tardes, Raquel.

RAQUEL.—*(Disgustada.)* ¿Tú aquí?

XAVIER.—Sí; tenía que verte. *(No acaba de entrar.)*

RAQUEL.—Pues pasa, hombre, pasa. No te quedes ahí, que este señor no se come a nadie.

XAVIER.—*(Muy azorado.)* Ya lo supongo.

RAQUEL.—*(Presentado.)* Mi antiguo amigo, Miguelito Peñalva, y mi reciente amigo, Xavier Sandoval.

MIGUELITO.—*(Dando la mano.)* Mucho gusto.

XAVIER.—*(Idem, pero visiblemente contrariado.)* El gusto es mío. *(Miguelito vuelve a sentarse. Xavier sigue de pie.)*

RAQUEL.—Pero siéntate, hombre. *(Xavier se sienta.)*

MIGUELITO.—*(Para que no pase un ángel.)* ¿Es usted de Hontañón?

XAVIER.—Sí, de Hontañón.

MIGUELITO.—Sin embargo, su cara no me es desconocida. Me parece haberle visto a usted en Madrid.

XAVIER.—Tal vez. Voy de cuándo en cuándo.

MIGUELITO.—¿Va usted mucho a los teatros?

RAQUEL.— Sobre todo, a Maravillas.

MIGUELITO.—*(Inocentemente.)* ¿Por qué a Maravillas? ¡Ah, vamos! Comprendo... ¿Tenía usted allí algún devaneo?

RAQUEL.—Tenía...

XAVIER.—¡Raquel!...

RAQUEL.—No te apures, hombre. Miguelito es de confianza. ¡Nos conocemos hace ya tantos años!... ¿Verdad, Miguelito?

MIGUELITO.—¡Verdad!

RAQUEL.—Este joven, aquí donde le ves..., está enamorado.

MIGUELITO.—¡Mal hecho!

RAQUEL.—Eso le digo yo. Pero él no me hace caso.

MIGUELITO.—¿Y quién es ella?

RAQUEL.—¡Un imposible!

MIGUELITO.—¡Qué raro! ¿Y dónde se encuentran mujeres así?

RAQUEL.—En Hontañón, aunque tú no lo creas.

MIGUELITO.—¡Ah, vamos! Sí. Una casada prehistórica.

RAQUEL.—Te equivocas; es soltera y libre.

MIGUELITO.—Cada vez más extraño.

RAQUEL.—¡Y a pesar de eso, imposible!

MIGUELITO.—Pues sí que ha tenido usted mala suerte, amigo; y menos mal que con una confidente como Raquel...

RAQUEL.—Si se conformara con eso... ¿Pero tú puedes creer que este hombrecito de veintidós años...? *(Xavier, que durante toda esta conversación ha estado como sobre ascuas, al oír esta última frase, y presintiendo la que va a seguir, se levanta hecho una fiera, mejor dicho, hecho un hombre herido en su amor propio, y cogiendo a Raquel, le tapa la boca con la mano mientras dice.)*

XAVIER.—¡Calla!... *(El tono es tan imperativo, la actitud de Xavier tan varonil, que Raquel un segundo se encoge. Después, reaccionando, se levanta y dice.)*

RAQUEL.—¿Se puede saber qué modales son ésos?

XAVIER.—*(Más sereno. Como si no hubiera oído, a Miguelito.)* ¡Caballero, haga usted el favor de dejarme solo unos minutos con Raquel!

RAQUEL.—Falta que quiera yo.

XAVIER.—*(Otra vez imperativo.)* ¡Querrás! *(A Miguelito.)* ¿Me ha oído usted, caballero?

MIGUELITO.—*(Muy tranquilo.)* A usted le he oído perfectamente. Ahora a quien necesito oír es a la señora de la casa.

XAVIER.—*(Mirando a Raquel con una expresión que ella*

no le conocía.) Te pido que le ruegues que nos deje solos.

RAQUEL.—*(Queriendo bromear.)* Perdona, Miguelito, esta escena..., y si fueras tan amable...

MIGUELITO.—Sí..., ya sé..., al gallinero, ¿no?

RAQUEL.—Donde quieras.

MIGUELITO.—*(Levantándose muy tranquilo.)* Perfectamente. *(A Xavier.)* ¿Ve usted? ¡Así se piden las cosas! Y eso las señoras, que pueden permitirse el lujo de mandar; aprenda usted, joven. Tal vez se ahorre usted así algunos disgustos en la vida. *(Saluda.)* Caballero... *(Sale Miguelito por por la terraza al jardín.)*

RAQUEL.—*(Cruzándose de brazos.)* Ya estamos solos. ¿Qué es lo que quieres?

XAVIER.—Decirte que no tienes derecho a burlarte de mí como lo estabas haciendo.

RAQUEL.—¿Y qué derecho tienes tú a venir a mi casa contra lo que te tengo mandado?

XAVIER.—¡Como has dejado pasar cuatro días sin avisarme!

RAQUEL.—Y aunque hubieran sido veinte, ¿qué?

XAVIER.—Ya lo sé. ¡Para ti, nada; pero para mí es tanto...

RAQUEL.—Y pase todavía lo de venir; pero permitirte hacerme esa escena..., aquí..., delante de ese señor...

XAVIER.—Perdóname. Comprendo que he estado mal; pero creí que te burlabas de mí, y no sé lo que he hecho.

RAQUEL.—Yo sí: el ridículo.

XAVIER.—¿El ridículo? ¿Por qué? ¿Quién es ese señor?

RAQUEL.—Ya te lo he dicho: un amigo.

XAVIER.—¿Amigo nada más?

RAQUEL.—¿Y si fuera algo más? ¿Tengo yo que darte cuenta de mi vida?

XAVIER.—Darme cuenta de tu vida, no. ¿Pero no somos amigos?

RAQUEL.—¿Y crees tú que la amistad da derecho a esto?

XAVIER.—Yo no sé a lo que da derecho la amistad. ¡Yo lo que sé es que no podemos seguir así!

RAQUEL.—¿A qué llamas tú seguir así?

XAVIER.—A esta vida que llevo. Es menester que pongamos las cosas en claro.

RAQUEL.—Por mí...

XAVIER.—Dime la verdad, Raquel; pero la verdad mirándome a los ojos... ¿Tú no me quieres?

RAQUEL.—*(Desviando un segundo la mirada.)* No.

XAVIER.—¿Tengo que perder la esperanza de ser algún día algo más que tu amigo?

RAQUEL.—Te lo he dicho siempre.

XAVIER.—Pero me lo has dicho con los labios, y tus ojos veces decían otra cosa. ¿A quién tengo que creer?

RAQUEL.—A los labios.

XAVIER.—Y ese retrato mío, ¿por qué está ahí?

RAQUEL.—¿Te lo he pedido yo?

XAVIER.—Entonces, ¿no nos veremos más?

RAQUEL.—Sería mucho mejor.

XAVIER.—Mejor... ¿para quién?

RAQUEL.—Para ti.

XAVIER.—¿Para ti no?

RAQUEL.—Para mí es indiferente.

XAVIER.—¿Entonces las veces que me has visto esta emporada ha sido por caridad?

RAQUEL.—No me atrevía yo a decir la palabra.

XAVIER.—¿Estás segura?

RAQUEL.—¿No he de estarlo?

XAVIER.—¿Y si yo te recordara palabras tuyas que la aridad sola no bastaría a explicar?

RAQUEL.—¿Me vas a echar en cara el que haya sido demasiado buena contigo?

XAVIER.—¿Y tú a mí el que haya sido demasiado respeuoso?

RAQUEL.—Si no lo hubieras sido hace tiempo que habrías lejado de verme.

XAVIER.—¡O no!

RAQUEL.—¿Qué quieres decir?

XAVIER.—¡De sobra lo sabes!

RAQUEL.—¿De veras? ¿El señor se cree irresistible? ¿Tú maginas que una caricia tuya, y a la fuerza, iba a poder nás que ruegos y súplicas? ¡Qué mal conoces a las mueres!

XAVIER.—A las mujeres, no sé. A ti te conozco lo bsante para saber que donde las demás tienen un corazón, ú no tienes más que sentidos.

RAQUEL.—¿Tú qué sabes?

XAVIER.—Tienes razón. Yo no sé nada; pero sé que no puedo vivir sin ti. Sé que has envenenado mi vida de tal manera, que no siendo para estar a tu lado, no la quiero para nada. *(Se acerca a ella y la coge la mano.)* Sé que o sé lo que me atrae más de ti, si tu alma o tu cuerpo...

RAQUEL.—*(Soltando la mano.)* ¡Déjame!

XAVIER.—*(Forcejeando por abrazarla.)* No, no te dejo. No puedo dejarte. Y además, en el fondo de ti misma, tú no quieres que te deje, porque también tú me quieres; lo e leído más de una vez en tus ojos, en esos ojos negros.

RAQUEL.—*(Queriendo separarse de él con violencia.)* ¡Suelta!

XAVIER.—*(Cada vez más abrazado a ella.)* No, Raquel, no eres mala. Mírame. ¿No ves que me tienes loco? Raquel, mi Raquel... *(Raquel poco a poco se ha ido abandonando. Acaban los dos dándose un beso prolongado. Raquel es la primera que recobra la serenidad. Se separa de él.)*

RAQUEL.—¡Haz el favor de salir de aquí ahora mismo!

XAVIER.—¿Por qué?

RAQUEL.—Porque sí. ¡Sal! ¡Te lo mando yo!

XAVIER.—¿Me perdonas?

RAQUEL.—Sí, te perdono; pero vete. Espero una visita. Puede llegar de un momento a otro... ¡Por lo que más quieras, Xavier, vete!

XAVIER.—¿Pero volveré?

RAQUEL.—¡Volverás!

XAVIER.—¿Cuándo?

RAQUEL.—Luego..., más tarde..., esta noche...

XAVIER.—¿A qué hora? ¿A las diez?

RAQUEL.—¡A las diez!

XAVIER.—¿De veras?

RAQUEL.—De veras.

XAVIER.—Entonces, hasta luego. ¿No estás enfadada?

RAQUEL.—No.

XAVIER.—¡Si vieras qué feliz soy! Hasta luego, mi vida *(Va a salir por la puerta izquierda.)*

RAQUEL.—No; por ahí no. Sal por la puerta del jardín.

XAVIER.—Como quieras. *(Xavier sale por la derecha Raquel se arregla el desorden del traje y del pelo. Se maquilla. Entra* NICASIA *con una bandeja y una tarjeta.)*

NICASIA.—Señorita.

RAQUEL.—¿Qué quieres?

NICASIA.—Este señor, que desea ver a la señorita.

RAQUEL.—*(Lee la tarjeta.)* Que pase. *(Sale Nicasia, y a los pocos segundos vuelve con* ALFONSO SANDOVAL. *Cincuenta años bien llevados. Un no sé qué que huele a provincia. Raquel le recibe natural y amable.)*

RAQUEL.—¿Alfonso Sandoval?

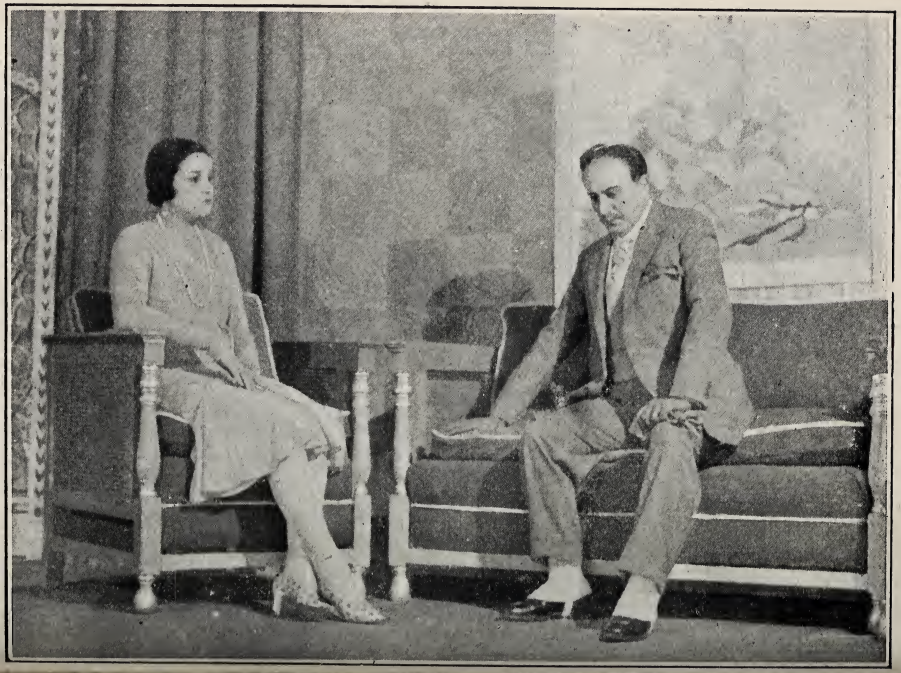
ALFONSO.—Para servirla. *(La besa la mano.)* Me perdonará usted si vengo a molestarla.

RAQUEL.—Nada de eso. Siéntese. *(Se sienta.)*

ALFONSO.—Esta visita es un poco delicada. Espero que su buen sentido me abonará tener que puntualizar algunos detalles quizás un poco molestos.

RAQUEL.—Veamos de qué se trata.

Carmen Díaz, Gaspar Campos, Manuel Nogales, Manuel M. Galeano y Leocadia Alba, en una escena del primer acto de RAQUEL.



ALFONSO.—¿Usted conoce a mi hijo? *(Señalando con la mirada el retrato de Xavier.)*

RAQUEL.—¿Xavier?

ALFONSO.—El mismo. No tengo más hijo que él. Con sto quiero decirle a usted lo que es para mí.

RAQUEL.—Me lo imagino.

ALFONSO.—Yo sé que se ven ustedes a menudo.

RAQUEL.—Tanto como a menudo... Nos hemos visto unas cho o diez veces en mes y medio.

ALFONSO.—¡Naturalmente, se ha enamorado de usted!

RAQUEL.—Ese naturalmente es muy amable.

ALFONSO.—Le ruego que me conteste usted... Sí, ¿verad?

RAQUEL.—Pongamos que sí.

ALFONSO.—En cambio, para usted Xavier es un chiquilo sin importancia. Usted no puede haberle tomado en erio.

RAQUEL.—¿Quiere usted hacer el favor de seguir?

ALFONSO.—Xavier es muy reservado. Aunque adora en ní y yo soy su mejor amigo, hay cosas que no se le pueen decir a un padre. Pero hay cosas que un padre adiina en su hijo, por muy reservado que sea.

RAQUEL.—Desde luego.

ALFONSO.—Y desde que Xavier le ha conocido a usted, Xavier no es el mismo. Ha cambiado por completo. Y cada ía que pasa se nota más en él la influencia del sentimienpo que usted ha hecho nacer.

RAQUEL.—¿Es posible?

ALFONSO.—Se lo digo yo.

RAQUEL.—¿Y qué más?

ALFONSO.—Ya comprenderá usted ahora cuál es el moivo de mi visita. Yo ya sé que hay en ella un poco de imertinencia; pero un padre tiene tantas disculpas intereándose por su hijo...

RAQUEL.—Todas. ¿Pero qué es lo que desea usted de mí?

ALFONSO.—Puede usted imaginárselo. Para usted, Xavier o puede ser más que un pasatiempo.

RAQUEL.—¿Y si no lo fuera?

XAVIER.—Si no lo fuera, tendría usted más mérito, y yo ue estarle más agradecido, si me concede lo que voy a edirle.

RAQUEL.—¿Y es?

ALFONSO.—Que renuncie usted a sus relaciones con Xaier...

RAQUEL.—¿Así, en absoluto?

ALFONSO.—Ya comprenderá usted que a mi edad conoz-

co la vida y sé que a un sacrificio se corresponde con otr

RAQUEL.—Usted quiere decir que estas cosas se paga

ALFONSO.—La palabra es un poco fuerte.

RAQUEL.—¿Qué más da? ¿Y... tiene usted pensada alg na cifra?

ALFONSO.—Eso es cosa exclusivamente suya.

RAQUEL.—Yo no sé el valor que acostumbra usted a d a las pasiones de su hijo.

ALFONSO.—Tampoco yo, porque, afortunadamente pa él, es ésta la primera, y espero que la última.

RAQUEL.—Eso es mucho decir. Pero creo que hemos pr cipitado un poco los acontecimientos. Antes de llegar este punto es preciso que aclaremos usted y yo una cue tión que tenemos pendiente.

ALFONSO.—¿Usted y yo?

RAQUEL.—Sí. ¿Usted no me conoce?

ALFONSO.—¿Quién no conoce a Raquel? Pero hasta h no había tenido el gusto de cruzar la palabra con usted.

RAQUEL.—¿Está usted seguro?

ALFONSO.—*(Queriendo recordar.)* ¡Que yo sepa...!

RAQUEL.—Entonces le voy a contar a usted una histori a ver si así despiertan sus recuerdos... Hace ya much años..., no sé cuántos..., diez y ocho..., veinte..., más qu zá..., estaban, a la caída de la tarde, sentados en el bal del Círculo, en el muelle, viendo pasar a costureras y m distillas, cinco o seis de los Tenorios de entonces, de ío tañón... Entre ellos estaba Alfonso Sandoval... Un cria se acercó al grupo y le dijo: "Don Alfonso, ahí fuera h una mujer que desea hablarle." Usted salió. Una pob mujer, una artesana, le dijo entonces algo parecido a est "Señorito Alfonso, usted es joven, casado, rico; tiene t das las mujeres que quiera; sé que se ha fijado usted mi hija; no tengo en el mundo más que a ella... Don A fonso, por lo que usted más quiera, yo le pido, puesto q todavía es tiempo, que la deje en paz, que no vuelva a ve la...; para usted, ella no es nada..., una de tantas, y, cambio, para mí, es mi hija, es todo... Prométame ust que no volverá a verla..." Desgraciadamente, aquella p bre mujer no podía ofrecer compensaciones al sacrifi que pedía. ¿Y sabe usted lo que contestó Alfonso San val? "Señora, ¿qué tengo yo que ver con todo eso? Si ta le interesa su hija, enciérrela usted o póngala una ins tutriz." Y dando media vuelta, volvió al grupo de sus a gos. ¿Va usted recordando?

ALFONSO.—¿Está usted segura de que la escena p como usted dice?

RAQUEL.—¿No he de estarlo? Mi madre me la contó después muchas veces. Y mi madre había acertado... Aquella chiquilla fué para usted una de tantas, y después de haberla perdido para siempre, en pocos días se olvidó usted de ella tan para siempre, que ni aun ahora recuerda usted. Y, sin embargo, es así, señor Sandoval. Haga usted memoria... Rosarito, la de la cuesta de Gibaja, "la que fué con usted en balandro hasta el Astillero en una tarde de primavera" *(Subrayando esta frase)*, ¿recuerda ahora?, se ha convertido andando el tiempo en esta Raquel que tiene usted delante, en esta mujer a quien viene usted ahora a pedir que no destroce la vida de su hijo...

ALFONSO.—¿De modo que eres tú Rosarito Galán?

RAQUEL.—¿Me encuentras muy cambiada?

ALFONSO.—Mucho.

RAQUEL.—Es natural. Tampoco te pareces tú en nada al Alfonso Sandoval de entonces, como no sea en lo egoísta.

ALFONSO.—Gracias. Por lo visto, a pesar del tiempo y de haber triunfado, no has podido olvidar ni perdonar.

RAQUEL.—¿En qué lo has conocido? ¿Me he vuelto yo a ocupar de ti para nada? ¿Te he molestado? ¿Te he pedido algo?

ALFONSO.—No.

RAQUEL.—Pues tú no sabes el dolor y la miseria y las humillaciones por que ha pasado Rosarito antes de llegar a eso que tú llamas triunfar y convertirse en la Raquel de hoy. Pero hay algo que siempre te he agradecido y tendré que agradecerte.

ALFONSO.—¿Tú a mí?

RAQUEL.—Yo a ti. Tú fuiste el primer hombre con quien me tropecé en la vida, y no podía haber encontrado mejor profesor para aprender en ti a despreciarlos a todos. ¡Puedes estar satisfecho! He sido una buena discípula. Desde entonces, hasta hoy, a todos los hombres que se han acercado a mi vida los he tratado como a esclavos. Si sufrían, que sufrieran; peor para ellos; y ni uno, ¿me entiendes?, ni uno puede vanagloriarse de haber llegado hasta mi corazón.

ALFONSO.—¿Hasta hoy has dicho? ¿Y desde hoy?

RAQUEL.—Para sentirnos dueños del mañana tenemos que ser muy vanidosos o muy estúpidos. ¿Yo qué sé lo que pasará desde hoy?

ALFONSO.—¿Me permites que te haga una pregunta?

RAQUEL.—¡Hazla!

ALFONSO.—¿No pagará el hijo las culpas del padre?

RAQUEL.—Ya te he dicho que no respondo del mañana.

ALFONSO.—¿Y si yo te ofreciera a cambio...?

RAQUEL.—Tengo más dinero del que necesito.

ALFONSO.—¿Y si te pidiera de rodillas?

RAQUEL.—Para pedir ciertos favores, lo de menos es la postura.

ALFONSO.—*(Levantándose.)* ¿Entonces, la guerra?

RAQUEL.—Si lo llamas así, bueno; la guerra.

ALFONSO.—Pero te advierto que he de defender a mi hijo contra ti por todos los medios.

RAQUEL.—Esta vez estarás en tu derecho.

ALFONSO.—Pues nada más. Y siento que tengamos que separarnos de esta manera.

RAQUEL.—También yo lo siento; pero nos resignaremos.

ALFONSO.—*(Sin darla la mano.)* Entonces, adiós, Raquel.

RAQUEL.—Adiós, señor Sandoval. *(Sale Alfonso. En la cara de Raquel no hay ni señal de la escena que acaba de pasar. Por la puerta del jardín aparece* MIGUELITO.*)*

MIGUELITO.—¿Al fin sola?

RAQUEL.—Como puedes ver. ¿Te has aburrido mucho?

MIGUELITO.—Te diré... He estado viendo con todo detalle el jardín.

RAQUEL.—¿Solo?

MIGUELITO.—No; con Nicasia.

RAQUEL.—¡Ah! ¿Y qué te ha parecido?

MIGUELITO.—¿Nicasia?

RAQUEL.—¡Miguelito, por Dios!... ¡El jardín!

MIGUELITO.—Precioso. Y tú, ¿qué? ¿Se marchó ya ese fuguillas?

RAQUEL.—Hace tiempo; después he tenido otra visita. ¿Quieres que vayamos a darnos una vuelta al aire libre? Si no te importa, te volveré a enseñar el jardín, por si antes no lo has visto bien.

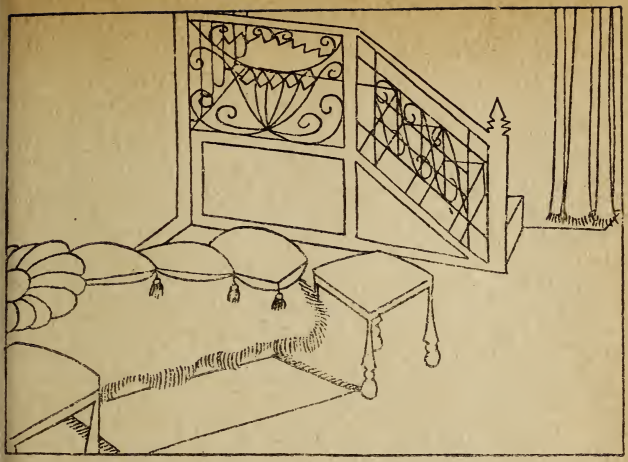
MIGUELITO.—*(Dándola el brazo.)* No hay inconveniente. ¿De modo que después has tenido otra visita?

RAQUEL.—Sí.

MIGUELITO.—¿También por el estilo?

RAQUEL.—*(Andando ya hacia el jardín.)* No; ésta ha sido de negocios. Figúrate que han venido a pagarme parte de una deuda antigua, tan antigua, que yo ya casi ni me acordaba de ella... *(Salen, y*

TELON



ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores.

(En escena RAQUEL *y* MILAGROS. *Raquel viste un traje de noche precioso. Milagros tiene en las manos unos manojos de flores. Sobre el diván, flores. Son las diez de la noche.)*

MILAGROS.—*(Que entra por la puerta-balcón.)* Ya no quedan más flores en el jardín.

RAQUEL.—*(Que está colocando sus flores en un jarrón.)* Pues entonces, basta.

MILAGROS.—¿Y qué hacemos con todas éstas?

RAQUEL.—Primero, colocarlas aquí en todos los sitios donde se pueda. Y las demás, arriba.

MILAGROS.—¿Arriba? ¿Dónde?

RAQUEL.—En mi cuarto.

MILAGROS.—¿Flores en tu cuarto de dormir?

RAQUEL.—Flores en mi cuarto de dormir.

MILAGROS.—¿No decías que daban dolor de cabeza?

RAQUEL.—¿Decía yo eso?

MILAGROS.—Tú.

RAQUEL.—Pues ya no lo digo. Además, duermo con la ventana abierta. No hay peligro.

MILAGROS.—Por las flores, no.

RAQUEL.—¿Qué quieres decir?

MILAGROS.—Yo me entiendo.

RAQUEL.—Pero yo no.

MILAGROS.—Porque no quieres.

RAQUEL.—¿Me haces el favor de explicarte?

MILAGROS.—¿Para qué, mujer? ¿No ves que tengo sesenta años?

RAQUEL.—Como si tuvieras cien. Hazme el favor de hablar claro.

MILAGROS.—¿Más claro? Pues hablaré. Digo que no tienes miedo a las flores en tu cuarto porque vais a ser dos a respirar su perfume.

RAQUEL.—Y aunque así fuera, ¿qué?

MILAGROS.—Nada.

RAQUEL.—Pues entonces... ¿para qué tanto misterio? ¿No soy dueña de hacer lo que me parezca?

MILAGROS.—También yo lo soy de decirte lo que opino. Si quieres lo escuchas, y si no con despedirme...

RAQUEL.—*(Gesto de paciencia.)* ¿Y qué opinas ahora?

MILAGROS.—Que haces mal.

RAQUEL.—¿Por mí o por él?

MILAGROS.—Por los dos.

RAQUEL.—¿También tú le proteges?

MILAGROS.—¿Qué significa "también" tú?

RAQUEL.—Nada. Cosas mías. Te da miedo por él, ¿no?

MILAGROS.—Y por ti. Esta vez también por ti. *(Con pausa.)* Sobre todo por ti.

RAQUEL.—*(Yendo hacia ella y mirándola fijamente.)* ¿Crees que estoy enamorada?

MILAGROS.—No lo sabes, ¿verdad?

RAQUEL.—*(Como si no hubiera oído.)* ¿No es guapo? Milagros, ¿no es para estarlo? *(La sacude.)* Di; pero di, mujer.

MILAGROS.—Lo será; pero no me zarandees.

RAQUEL.—¿Por qué tienes miedo?

MILAGROS.—¡Es tan niño!

RAQUEL.—Peor sería que fuera un hombre.

MILAGROS.—Es que algún día lo será.

RAQUEL.—¿Tú crees que hago mal?

MILAGROS.—Ya te lo he dicho.

RAQUEL.—*(Que duda.)* Mira, Milagros, no subas esas flores.

MILAGROS.—¿Qué hago con ellas?

RAQUEL.—No sé. Tíralas. ¡Y si no, después de todo, qué más da! Ponlas arriba. Estorbar, no estorban.

MILAGROS.—Las subiré.

RAQUEL.—No. Yo también tengo miedo ahora. Va a ve-ir y no sé qué hacer.

MILAGROS.—¿Quieres que le reciba yo?

RAQUEL.—¿Qué le dirías?

MILAGROS.—Descuida, mujer. Yo sé lo que tengo que de-ir... Que no estás..., que han venido a buscarte...

RAQUEL.—No; eso no.

MILAGROS.—¿Entonces?

RAQUEL.—Haz lo que te dije antes. Sube esas flores a mi uarto, y luego vete a comer, que es muy tarde.

MILAGROS.—Descuida. Me iré a comer para dejarte sola, ue es lo que buscas; lo que tú mandes; pero, oye, Ra-uel; que ese niño te va a hacer sufrir a ti lo que no has ufrido nunca..., eso...

RAQUEL.—Eso, Milagros, es cosa mía.

MILAGROS.—Está bien. *(Hace un mohín de enfado y sube as escaleras. Queda sola Raquel unos segundos. Se asoma l balcón del jardín. Se la ve, apoyada en la balaustrada, ontemplar la noche de verano. Por la puerta de la izquier-la entra* XAVIER. *Va al balcón, la ve y se acerca a ella. Ella e estremece. Juntos los dos, entran en el cuarto.)*

RAQUEL.—¿Por dónde has venido?

XAVIER.—Por la puerta pequeña.

RAQUEL.—¿Te ha visto alguien?

XAVIER.—Nadie. ¿Me quieres?

RAQUEL.—Te quiero. *(Xavier va a darla un beso.)* No; ahora no. Tenemos que hablar.

XAVIER.—¿Mi padre ha estado aquí?

RAQUEL.—Ha estado aquí.

XAVIER.—¿Qué te ha parecido?

RAQUEL.—¿Quién, tu padre?

XAVIER.—Sí.

RAQUEL.—Bien. Un señor muy correcto.

XAVIER.—Un poco a la antigua. ¿Tú le conocías de vista?

RAQUEL.—De vista.

XAVIER.—¿Nos parecemos?

RAQUEL.—Sí y no.

XAVIER.—¿Qué te ha dicho?

RAQUEL.—¿No lo sabes?

XAVIER.—Del todo no. Sé que ha venido a pedirte que no me quieras, ¿no es eso?

RAQUEL.—Algo así.

XAVIER.—¿Y tú que le has dicho?

RAQUEL.—¿Tú qué crees?

XAVIER.—Tú le habrás contestado: Su hijo es mayor de edad.

RAQUEL.—No. Eso no, porque sería mentira.

XAVIER.—Entonces, ¿qué le has dicho?

RAQUEL.—Nada. Le he escuchado. Le he dejado hablar. Quería que prometiera, y no he prometido.

XAVIER.—¿De veras?

RAQUEL.—De veras.

XAVIER.—Eres un ángel. *(Quiere besarla otra vez.)*

RAQUEL.—*(Separándose con suavidad.)* Un ángel malo.

XAVIER.—¿Quieres callarte? No digas eso ni en broma. ¡Si vieras qué feliz soy! Lo de antes no se me olvidará en la vida.

RAQUEL.—Pues lo de antes tienes que olvidarlo.

XAVIER.—¡Raquel!

RAQUEL.—¿No comprendes que esto no puede ser?

XAVIER.—¿Quién va a impedirlo?

RAQUEL.—Tu padre, por de pronto.

XAVIER.—¡Bah! ¡Mi padre! No es tan fiero el león... Ya se le pasará. Y si no se le pasa, peor para él.

RAQUEL.—Además...

XAVIER.—Además, ¿qué?

RAQUEL.—¡Tantas cosas!...

XAVIER.—Di algunas.

RAQUEL.—Es una locura.

XAVIER.—Quizá. ¡Pero una locura tan razonable!

RAQUEL.—¡Qué chiquillo!

XAVIER.—Eso es uno de tus inconvenientes, ¿no?

RAQUEL.—¿Te parece pequeño?

XAVIER.—¿Por qué? ¿Porque te resulto insulso? ¿Porque no te gusto?

RAQUEL.—¿Crees tú que no me gustas?

XAVIER.—¿Porque temes que algún día pueda olvidarte?

RAQUEL.—No, eso no lo temo. De eso estoy segura. Pero tampoco eso me importa. Seré yo la que sufra. Tengo miedo por ti.

XAVIER.—¿Por mí?

RAQUEL.—Por ti. *(Raquel se ha extendido en la cama turca. Xavier, que está sentado a sus pies, se deja acariciar por ella su cabeza.)* Tú todavía no sabes lo que es querer, y por eso todavía no comprendes lo que es morir de dolor.

XAVIER.—¿Tanto como morir?

RAQUEL.—¡Tanto! Más aún. En el mismo momento en que sea para ti algo más de lo que he sido hasta ahora, una amiga, una compañera, empezará tu suplicio.

XAVIER.—¿Cómo puedes decir eso?

RAQUEL.—Porque yo he vivido. Y esa será la razón de tu tristeza. Créeme, Xavier: entre tú y yo está mi pasado. Cada beso, cada caricia, serán para ti una puñalada en el corazón, porque entonces querrás saber...

XAVIER.—*(Que se ha ido ensombreciendo al escuchar estas palabras.)* No, eso no.

RAQUEL.—Eso dices ahora. Serías el único. Los hombres no os conformáis con que se os quiera a vosotros solos más que a ninguno en la vida. Y vienen los recuerdos y las comparaciones y las preguntas. ¡Y cuando se os puede mentir, menos mal! Pero cuando se tiene un pasado como el mío, las respuestas tienen que ser a la fuerza dolorosas, y el silencio más aún...

XAVIER.—¿Y si yo no te hablara jamás del pasado?

RAQUEL.—Peor. Sufrirías callando.

XAVIER.—¿Más que lejos de ti?

RAQUEL.—¡Más!

XAVIER.—Eso es imposible.

RAQUEL.—¿Qué sabes tú?

XAVIER.—La que no sabe cómo es mi cariño eres tú. La que no comprende que ya no puedo separarme jamás de tu lado eres tú. Tú eres la que no has comprendido que eres tanto para mí...; que ya sin ti... No sé lo que iba a decir. Un disparate. Oye, Raquel: esta noche, cuando mi padre me ha contado su entrevista contigo y me ha amenazado con cortarme los víveres si volvía a verte, me he sentido por primera vez hombre delante de él. No sé lo que le he dicho, no sé cómo se lo he dicho; pero ha debido comprender que estaba muy decidido, porque ha terminado diciéndome: "Haz lo que quieras. Yo te lo he avisado por tu bien; pero haz lo que quieras." Y me miraba, no como mira un padre a su hijo, sino como mira un hombre a otro hombre.

RAQUEL.—¿Le has dicho que venías aquí?

XAVIER.—Sí, se lo he dicho.

RAQUEL.—Y ahora, ¿qué piensas hacer?

XAVIER.—No separarme de ti nunca.

RAQUEL.—¿No piensas volver a tu casa?

XAVIER.—Si tú no quieres, no.

RAQUEL.—¿Y si tu padre te cortara los víveres, como tú dices?

XAVIER.—No importa. Con lo que me entreguen de la herencia de mi madre cuando sea mayor de edad, me basta. Y mientras tanto, trabajaré.

RAQUEL.—¿En qué?

XAVIER.—En cualquier cosa. Yo sabré ganarme la vida.

RAQUEL.—¡Cómo se conoce la edad que tienes! Eso que piensas es un disparate. Tú y yo no podemos vivir juntos. ¿No comprendes que yo tengo que volver a trabajar cualquier día? ¿Sabes tú lo que representa ser el amigo pobre de la estrella?

XAVIER.—No; eso nunca.

RAQUEL.—¡Pues entonces, Xavier! ¿No comprendes que es mejor que nos separemos y que quede entre nosotros el perfume de algo que pudo ser y no fué, el recuerdo de algo que te habré dado, que no di jamás a nadie: un cariño puro, sin mancha, un cariño noble?

XAVIER.—¡No me lo dices con toda tu alma!

RAQUEL.—¡Con toda mi alma!

XAVIER.—Mírame a la cara. A ver tus ojos. *(Se miran los dos.)* ¿De veras me quieres como no has querido a nadie?

RAQUEL.—¡A nadie!

XAVIER.—¡Raquel, mi vida! ¿Y tenemos que separarnos?

RAQUEL.—Lo mejor. Por los dos.

XAVIER.—¿Para siempre?

RAQUEL.—Por lo menos hasta que este cariño nuestro lo enfríe el tiempo.

XAVIER.—¿Crees tú que eso es posible?

RAQUEL.—El tiempo hace milagros.

XAVIER.—Dime, Raquel: ¿te casarías conmigo?

RAQUEL.—*(Riendo de buena gana.)* ¡Qué disparate! ¿Tú sabes lo que dices?

XAVIER.—Lo sé. Entonces dejarías de trabajar para siempre. Nada ni nadie te podría separar ya de mí. Nos iríamos a vivir juntos lejos, muy lejos, donde nadie nos conociera...

RAQUEL.—¿Por qué donde nadie nos conociera?

XAVIER.—No sé.

RAQUEL.—¿Lo ves? Ya te avergüenzas de algo que aún no has hecho. ¿Cómo iba yo a consentir una locura así? Hazme caso, Xavier; vete, sepárate una temporada.

XAVIER.—Y si no puedo, ¿me dejas volver?

RAQUEL.—Sí.

XAVIER.—¿Cuánto tiempo tengo que probar?

RAQUEL.—Lo más que puedas.

XAVIER.—Pero tú no te irás de aquí sin avisarme

RAQUEL.—No.

XAVIER.—¿Y si vuelvo mañana?

RAQUEL.—Serás un chiquillo.

XAVIER.—Si tardo una semana, ¿me creerás hombre?

RAQUEL.—Casi.

XAVIER.—Entonces, adiós, Raquel. ¿Como a nadie?

RAQUEL.—¡Como a nadie!

XAVIER.—¡Júramelo!

RAQUEL.—¿Para qué? ¿No lo ves?

XAVIER.—Dame un beso.

RAQUEL.—No. Tenemos que curarnos, y eso es veneno.

XAVIER.—Entonces, adiós. Hasta cuando pueda. Tardaré más posible en volver para que cuando me veas te pa-ezca ya un hombre.

RAQUEL.—*(Mirándole marchar emocionada.)* ¡Adiós! *Xavier echa a andar. Al llegar a la puerta, vuelve y se cha en los brazos de Raquel. Se abrazan.)*

XAVIER.—*(Separándose de ella.)* ¿No ves que no puede er?

RAQUEL.—¿Por qué has vuelto, Xavier? ¿Por qué has uelto?

XAVIER.—Déjame. No me eches de tu lado. ¡Se está tan ien aquí! *(Hay una pausa. Xavier y Raquel quedan sen-ados en la cama turca sin hablar.)*

RAQUEL.—¿No quieres irte?

XAVIER.—No.

RAQUEL.—¿Nunca?

XAVIER.—Nunca, no sé. Esta noche no.

RAQUEL.—Sé razonable.

XAVIER.—Ya ves que lo he intentado.

RAQUEL.—¿De veras lo has intentado?

XAVIER.—¿No lo has visto?

RAQUEL.—¿Y mañana te irás?

XAVIER.—Si tengo valor, sí.

RAQUEL.—Entonces, quédate.

XAVIER.—*(Besándole la mano.)* ¿De veras?

RAQUEL.—Sí.

XAVIER.—¿No me echas?

RAQUEL.—No. Mira, sube esa escalera. Arriba, frente a lla, verás un cuarto grande abierto. Es el mío. Vete allí espérame.

XAVIER.—¿Subirás pronto?

RAQUEL.—Pronto. Tengo que dar unas órdenes y en se-guida subo. Ten paciencia... Espérame...

XAVIER.—Dame un beso.

RAQUEL.—Luego. *(Le da la mano, que Xavier besa con asión.)*

XAVIER.—Hasta ahora. No tardes, mi vida. *(Sube Xa-ier la escalera. En cuanto ha desaparecido, Raquel se deja*

caer en una butaca y hunde su cabeza entre las manos. Una pausa. Después llama al timbre. Aparece NICASIA.)

NICASIA.—¿Señorita?

RAQUEL.—¿Dónde está Eladio?

NICASIA.—Comiendo, señorita.

RAQUEL.—Que venga en seguida, y avisa también a Milagros. *(Sale Nicasia. Raquel se pone en pie. Contempla el retrato de Xavier. Aparece* ELADIO, *un mecánico cualquiera, y* MILAGROS *con él.)*

ELADIO.—¿Llamaba la señora?

RAQUEL.—Sí; escúchame... ¿Qué tardamos de aquí a la frontera?

ELADIO.—¿Con qué coche?

RAQUEL.—Con el grande.

ELADIO.—¿Hay prisa?

RAQUEL.—Hay mucho prisa.

ELADIO.—*(Sacando la cuenta.)* A Bilbao, dos horas; a San Sebastián, cuatro y media... Ponga la señora cinco horas.

RAQUEL.—Bien; prepárate, que salimos ahora mismo.

ELADIO.—¿Por muchos días?

RAQUEL.—Probablemente. Lleva el pasaporte.

ELADIO.—Inmediatamente. *(Sale Eladio.)*

RAQUEL.—¿Has oído? *(Raquel se sienta a una mesa y escribe durante este diálogo.)*

MILAGROS.—¡Todo!

RAQUEL.—Ponme en el coche una maleta con un par de trajes y algo de ropa blanca.

MILAGROS.—¿Te vas ahora mismo?

RAQUEL.—En este momento.

MILAGROS.—¿Y él?

RAQUEL.—*(Bajo.)* Está arriba.

MILAGROS.—¡Ah! Comprendido. ¡Huyes!

RAQUEL.—¡Huyo!

MILAGROS.—¿De él o de ti?

RAQUEL.—¡De los dos!

MILAGROS.—¿Tenía yo razón?

RAQUEL.—Es igual. Me voy. Anda, tráeme eso que te he dicho y un abrigo. ¡Pronto, pronto! *(Milagros sigue parada en pie.)* ¿Pero no me has oído? *(En la voz de Raquel hay lágrimas.)*

MILAGROS.—*(Besándola con mimo.)* Ahora mismo. Cuando yo te decía que ese niño te haría sufrir... No creí que empezaras tan pronto. *(Sale Milagros. Raquel sigue escribiendo. Deja la carta sobre la mesa, en sitio bien visible.*

Entra MILAGROS *con una maleta pequeña y un traje y un abrigo en el brazo.)*

RAQUEL.—Dame. *(La coge el abrigo.)*

MILAGROS.—¿Pero te vas a ir así?

RAQUEL.—¿Qué más da? ¡Como sea! ¿No ves que puede bajar?

MILAGROS.—¿Y si baja?

RAQUEL.—Si baja... *(Hace el ademán de una persona que no puede luchar más.)*

MILAGROS.—Entonces, vete así. ¡Pronto, pronto! *(La pone el abrigo y una boina.)*

RAQUEL.—¿El coche está ahí ya?

MILAGROS.—Ya.

RAQUEL.—Luego, cuando yo haya salido, le das esta carta. Mañana coges mi equipaje y vas a buscarme en Biarritz... Y si no, no. Allí me conoce todo el mundo. En Burdeos, en el hotel de siempre. Te espero mañana sin falta. Pasado, lo más tarde. Nos iremos lejos. ¿No hago bien?

MILAGROS.—*(Besándola.)* Haces bien.

RAQUEL.—*(Abrazándola, casi llorando.)* ¡Milagros, cómo te quiero!

MILAGROS.—Anda, anda; márchate. *(Van andando hacia la puerta. Milagros va detrás de ella con la maleta. Raquel se vuelve. Coge el retrato de Xavier que está sobre la mesa, y sale, después de darle un beso. Queda la escena sola unos instantes. A los pocos segundos aparece en lo alto de la escalera* XAVIER.*)*

XAVIER.—*(En voz baja.)* ¡Raquel! *(Como nadie le contesta, Xavier baja unos peldaños. Escucha. Se supone que oye el ruido de un coche. Cruza la verdad por su imaginación. Acaba de bajar las escaleras precipitadamente. Más alto.)* ¡Raquel! ¡Raquel! *(Va al jardín. Se asoma. Vuelve. Ve la carta. La abre. Lee. En su cara hay la mueca del primer dolor de los veinte años. Se deja caer en la cama llorando como un niño, con la carta en las manos. Entra* MILAGROS. *Le ve. Se acerca a él como para consolarle. Xavier sigue llorando sin verla, con la cabeza escondida entre sus manos. Milagros, con un gesto de compasión, se separa de él. Apaga la luz. Queda sólo la de una lámpara pequeña, y Milagros sube la escalera despacio. El telón cae lentamente.)*

FIN

EL NAUFRAGO

HONORIO MAURA

EL NÁUFRAGO

PASATIEMPO REPRESENTABLE, EN UN ACTO

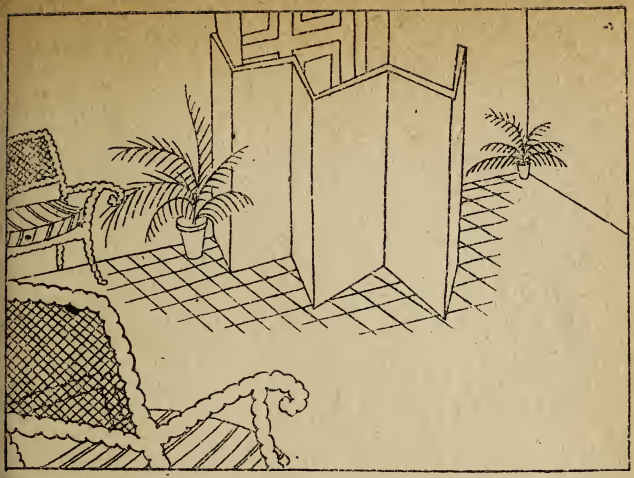
PERSONAJES

EL NAUFRAGO (cuarenta y cinco años).

EL (cuarenta y cinco años).

ELLA (cuarenta años).

EL CRIADO.



ACTO ÚNICO

«Hall» confortable de una casa bien puesta. Al fondo, la puerta de entrada que tapa un gran biombo de damasco rojo.

(Al levantarse el telón aparecen por detrás del biombo el CRIADO *y el* NÁUFRAGO. *El Náufrago viste de frac, muy elegante, y trae puesto un abrigo de pieles y el clac en la mano. Las ocho de la noche.)*

NÁUFRAGO.—¿De modo que la señora no está en casa?

CRIADO.—No, señor.

NÁUFRAGO.—¿Y el señor?

CRIADO.—Tampoco.

NÁUFRAGO.—*(Quitándose el abrigo.)* Entonces, les esperaré.

CRIADO.—*(Respetuoso, pero firme.)* Perdone el señor; pero puede que los señores no vengan a comer.

NÁUFRAGO.—*(Vacilando.)* ¡Ah! ¿Puede que no vengan a

comer? *(Acabándose de quitar el abrigo.)* Entonces, aguar-
daré, por si vienen. *(Da el abrigo al Criado, que le mir*
escandalizado por su desparpajo.)

CRIADO.—El señor me disculpará; pero tengo orden de
señor de no recibir a nadie a estas horas.

NÁUFRAGO.—*(Mirándole fijamente.)* ¿Tiene usted es
orden?

CRIADO.—Sí, señor.

NÁUFRAGO.—*(Sentándose en una butaca.)* Pues la cum
ple usted muy mal.

CRIADO.—El señor es, por lo visto, amigo íntimo de lo
señores.

NÁUFRAGO.—De los señores, no.

CRIADO.—Me permito hacer presente al señor que los se
ñores me van a regañar cuando vengan y vean que he re
cibido al señor.

NÁUFRAGO.—Eso no me preocupa.

CRIADO.—¿El señor se encargará de explicarles...?

NÁUFRAGO.—No. Quiero decir que eso es cosa suya.

CRIADO.—*(Mirándole como a un loco.)* Está bien. Com
quiera el señor.

NÁUFRAGO.—*(Buscando cigarrillos en la caja que ha
encima de una mesita al lado de su butaca.)* ¿No hay ci
garrillos?

CRIADO.—*(Yendo a otra mesa y presentándole una caja.*
Aquí tiene el señor.

NÁUFRAGO.—No. De éstos, no. Egipcios. De los que fum
la señora.

CRIADO.—*(Trayendo otra caja.)* ¿De éstos?

NÁUFRAGO.—Eso es. Gracias. *(Coge uno; lo enciende*
Puede usted retirarse. *(El Criado va a salir.)* ¡Ah! Oig
Tráigame el último número de "La Ilustración Francesa
(El Criado le mira cada vez más asombrado.) ¿No se r
cibe ya en esta casa?

CRIADO.—Sí, sí, señor. Estará en el despacho del señ

NÁUFRAGO.—Vaya usted por ella. *(Sale el Criado.)*

RIADO.—*(Volviendo con "La Ilustración".)* Tome el se-
. ¿Desea algo más el señor?

NÁUFRAGO.—No. Es decir, sí. ¿Cómo se llama usted?

RIADO.—Fermín, para servir al señor.

NÁUFRAGO.—Gracias. Diga usted, Fermín: ¿qué clase de
aro es el señor?

RIADO.—*(Escandalizado.)* ¡¡Señor!!

NÁUFRAGO.—Tiene usted razón. Estos interrogatorios re-
eren una confianza que entre nosotros no existe. *(Saca
billete de cien pesetas y se lo da.)*

RIADO.—*(Guardando el billete y en tono obsequioso.)*
ñor!

NÁUFRAGO.—Siéntese, Fermín; siéntese. *(El Criado se
ita con timidez.)* El señor es un infeliz, ¿no?

RIADO.—Completo.

NÁUFRAGO.—¿Fuma usted sus cigarros?

RIADO.—*(Digno.)* El señor me ofende.

NÁUFRAGO.—¿Con dudarlo?

RIADO.—Claro.

NÁUFRAGO.—Por supuesto, ¿dominado por la señora?

RIADO.—*(Silbando de una manera ponderativa.)* ¡Buiiiii!

NÁUFRAGO.—¿Ella..., insoportable?

RIADO.—*(Levantando los ojos al cielo y silbando como
es.)* ¡Buiiiiiii!

NÁUFRAGO.—La casa, un infierno. ¿no?

RIADO.—*(Otro silbido.)* ¡¡¡Buiiii!!!

NÁUFRAGO.—Detalle, Fermín; detalle...

RIADO.—¿Qué quiere que le diga al señor? Tenemos un
no en la Cerámica Inglesa para reponer la vajilla se-
nalmente. ¡No le digo más!

NÁUFRAGO.—¿Insultos? ¿Frases gruesas?

RIADO.—¡Plétora!

NÁUFRAGO.—Es usted muy instruído.

RIADO.—He servido dos años en casa de un marqués
e vivía frente a la Academia Española. *(Poniendo aten-
n al ruido del ascensor, que se oye subir.)* Me parece

que llegan los señores. *(Levantándose.)* ¿El señor permite...?

NÁUFRAGO.—Vaya.

CRIADO.—¿A quién debo anunciar?

NÁUFRAGO.—A nadie. Diga usted al señor que hay un señor que desea hablar con él. *(Suena el timbre de la puerta.)*

CRIADO.—Pero si me pregunta...

NÁUFRAGO.—Abre la puerta. *(El Criado abre la puerta. Se oye tras la cortina el cuchicheo del Criado y los señores. Luego, la voz de* EL, *que dice en tono bajo y furioso.)*

EL.—¿Para qué lo has recibido? *(Entra. Buena facha. El tipo del infeliz dominado por una sola mujer.)* Caballero...

NÁUFRAGO.—*(Levantándose.)* ¿El señor García, sin duda?

EL.—El mismo. ¿Qué deseaba usted?

NÁUFRAGO.—*(Imperativo, pero cortés.)* Tome usted asiento.

EL.—*(Sentándose subyugado.)* Usted dirá.

NÁUFRAGO.—¿No me conoce usted?

EL.—*(Mirándole detenidamente.)* No, señor.

NÁUFRAGO.—Fíjese usted bien.

EL.—*(Queriendo recordar sinceramente para quedar bien.)* ¡Ah! Tal vez... *(Reaccionando.)* No, señor; no le conozco a usted.

NÁUFRAGO.—¿Es posible? ¿No ha visto usted ningún retrato mío?

EL.—Tal vez; pero soy tan mal fisonomista...

NÁUFRAGO.—Entonces, ¿no sospecha usted quién soy yo?

EL.—No, se lo juro.

NÁUFRAGO.—*(Mirando a todos lados con precaución.)* ¿No nos oirá Elena?

EL.—No. ¿Conoce usted a mi mujer?

NÁUFRAGO.—Algo. Soy su primer marido.

EL.—*(Levantándose despavorido.)* ¿Qué dice usted?

NÁUFRAGO.—No tenga miedo. Siéntese. Yo soy un espí-

u. Soy un ser viviente. Mire usted: fumo. *(Echa una canada de humo.)* El frac que llevo está hecho en Lon-es. Toque usted mi mano. *(Se la da.)* Tibia, ¿no? Tran-ílicese.

EL.—*(Sentándose otra vez con cierto recelo.)* ¿Pero es ed de veras Ramón Alcázar?

NÁUFRAGO.—Ramón Alcázar.

EL.—¿Pero no se ahogó usted hace cinco años en el nau-agio del "Gigantic"?

NÁUFRAGO.—No, señor. Donde me ahogaba era aquí. Es-che usted la historia: Yo viajaba en el "Gigantic", ca-no de Nueva York. Cuando comenzó a hundirse el bar-dormía como un bendito. Hacía ocho días que me se-raba de Elena por primera vez, después de cinco años casado. ¿Cuánto tiempo hace que es usted su marido? es años, si la memoria no me es infiel.

EL.—Tres años, cuatro meses y once días.

NÁUFRAGO.—¿Sin separarse de ella para nada?

EL.—Para nada.

NÁUFRAGO.—Comprenderá usted qué tranquilo dormía.

EL.—*(Suspirando.)* ¡Comprendo!

NÁUFRAGO.—Me despertaron los gritos de los pasajeros. sirena del "Gigantic" se desgañitaba. Me incorporé en litera. No me daba cuenta exacta de lo que pasaba.

EL.—*(Impaciente.)* ¿Y qué hizo usted?

NÁUFRAGO.—Primero, reflexionar. Soy muy metódico. npecé a sospechar que se trataba de un naufragio. Me lo ifirmaron algunos detalles inconfundibles. Una señora e bajaba las escaleras gritando: "¡Que nos hundimos, y he dejado olvidado mi lulú en la cabina!" Un señor, y elegante, que iba en el camarote de al lado, decía con ces estentóreas: "¡Capitán! ¡A ver! Que venga el capi-n del barco, que este chaleco salvavidas me está grande me hace unas arrugas imposibles. ¡Así no subo yo a bierta!"

EL.—¿Y usted dedujo...?

NÁUFRAGO.—Sí. Soy muy observador. Había otra señal

que parecía no tener importancia; pero que no se me escapó. El barco estaba tan inclinado sobre estribor, que casi entraba el agua por el ojo de buey. Nos hundíamos. Ante el hecho consumado no había más que resignarse. Me levanté, me hice la raya, cogí unos cigarrillos, me puse el salvavidas y subí a cubierta. ¡Qué espectáculo! ¿Usted no ha naufragado nunca?

EL.—*(Disculpándose.)* No. No he tenido ocasión.

NÁUFRAGO.—Imposible entonces que imagine usted escena más grandiosa. Amanecía. Por el Oriente... Pero a lo mejor le estoy entreteniendo demasiado, y tendrá usted prisa.

EL.—*(Mirando al reloj.)* Tenemos que ir al teatro, y si no estoy vestido dentro de unos minutos..., Elena... Ya la conoce usted.

NÁUFRAGO.—En ese caso, le ahorro a usted la descripción del naufragio. ¡Lástima! A los diez minutos de hundirse el barco me encontraba al timón de uno de los botes de salvamento, teniendo por compañeros a dos viajantes norteamericanos muy mal educados y a una joven bellísima que me miraba con cierta simpatía.

EL.—¿Y...?

NÁUFRAGO.—Abrevio. A los tres días tocábamos tierra americana sanos y salvos. Leo los periódicos. Se habían ahogado doscientos trece pasajeros de primera; mi nombre figuraba entre los desaparecidos.

EL.—¿Por qué no telegrafió usted para tranquilizar a Elena?

NÁUFRAGO.—No llevaba suelto.

EL.—¡Ah!

NÁUFRAGO.—Además, con el corazón en la mano. Ahora que la conoce usted, ¿qué hubiera hecho usted en mi caso?

EL.—Hombre, yo...

NÁUFRAGO.—La verdad, amigo mío. Sea usted franco. ¿No hubiera hecho usted lo mismo?

EL.—*(Sincero.)* Sí, sí, señor.

NÁUFRAGO.—Es usted un caballero. *(Le da la mano.)*

piré. Aquello era providencial. Sentí de pronto una ación irresistible por la carrera de náufrago. No se de usted imaginar lo que disfruté leyendo en los pe- icos españoles las noticias de mis funerales. Me esta- í en América. Cambié de nombre. En vez de Alcázar llamo Montoya, que es mi cuarto apellido. Aquél es un n país. Hoy tengo una gran fortuna.

L.—¿Ha trabajado usted mucho?

ÁUFRAGO.—No. El que trabajó fué el padre de mi se- da mujer.

L.—¿Su segunda mujer?

ÁUFRAGO.—Sí. La rubia del bote. Un naufragio une ho. Intimamos. Un día leí en un periódico de Madrid Elena se casaba. ¡Ya estaba libre! Entonces contraje Diana. Somos felices.

L.—¿Y sería indiscreto preguntar a qué ha venido us

ÁUFRAGO.—Nada de eso. Va usted a comprenderlo. Yo npre he sido un refinado.

L.—Lo sospechaba.

ÁUFRAGO.—Y no he podido resistir a la tentación de me una vuelta por aquí.

L.—¿Para...?

ÁUFRAGO.—Para obedecer a esa atracción misteriosa sentimos cuando somos felices hacia los lugares don- o hemos sido menos.

L.—Comprendo. ¿Y si hubiera usted cometido una im- dencia?

ÁUFRAGO.—¿Qué quiere usted decir?

L.—Hace un momento tengo una sensación extraña y adable.

ÁUFRAGO.—¿Y es?

L.—La de un señor que estuviera en la cárcel por un to que no hubiera cometido y viera presentarse en ella erdadero culpable.

ÁUFRAGO.—¿Le ha tomado usted cariño a esa sensa- n?

EL.—¿Para qué se lo voy a negar?

NÁUFRAGO.—Hace usted mal.

EL.—No tan mal como usted cree. Yo me casé con Elena creyendo que ella era viuda. También ella lo creía. Pero no tenemos derecho viviendo usted...

NÁUFRAGO.—¡Alto ahí! ¿Quién le ha dicho a usted que yo vivo?

EL.—Su imprudencia.

NÁUFRAGO.—Distingamos. El que vive es Ramón Montoya. El marido de Elena se ahogó en el "Gigantic".

EL.—¿No le parece a usted que ésa es una sutileza que le toca aclarar a la Policía?

NÁUFRAGO.—¡Es usted un cándido! ¿Cree usted que yo soy capaz de venir a meterme en la boca del lobo sin tomar antes mis precauciones? Tiene usted delante a un ciudadano de los Estados Unidos de América del Norte con todos los papeles en regla.

EL.—Es usted muy fuerte.

NÁUFRAGO.—América, amigo mío. Gran país.

EL.—¿Entonces no tengo que abrigar esperanzas?

NÁUFRAGO.—Ninguna. Además, aunque yo quisiera volver a ser el marido de Elena, estoy seguro de que ella le preferiría a usted.

EL.—*(Con cara muy triste.)* ¿Usted cree?

NÁUFRAGO.—Estoy seguro. Es usted el hombre que ella necesitaba. Dócil, manejable, obediente, resignado.

EL.—¿Resignado? ¡Si usted supiera!

NÁUFRAGO.—No; no, por Dios. No me vaya usted a hablar mal de ella. Yo comprendo que es inaguantable; pero no sería correcto que nosotros... Al fin y al cabo es usted su marido, y ella, mi viuda.

EL.—*(Convencido.)* Tiene usted razón.

NÁUFRAGO.—Un consejo... No le hable usted de mi resurrección. La conozco. Pagaría usted por mí.

EL.—Descuide usted. Me libraré de hacer tal cosa.

NÁUFRAGO.—*(Levantándose.)* Y no quiero entretenerle más.

L.—*(Triste.)* ¿Me deja usted ya?

ÁUFRAGO.—Sí. Es tarde. Diana me espera en el hotel. más, ustedes...

OZ DE ELLA.—*(Desde dentro.)* ¡Adolfo!

I.—¡Voy!

ÁUFRAGO.—¿Van ustedes al teatro?

L.—Sí.

ÁUFRAGO.—¿Le gusta a usted la música?

L.—La detesto.

ÁUFRAGO.—Entonces ya sé a qué teatro van ustedes... Real.

L.—*(Con sonrisa amarga.)* ¡Cómo la conoce usted!

ÁUFRAGO.—¡Figúrese! Puede usted creer que siento por d verdadera simpatía.

L.—Y yo por usted, admiración.

ELLA.—*(Asomándose por la derecha, vestida con traje noche, con los impertinentes en ristre y sin mirar al ufrago.)* ¡Adolfo! ¿Tú sabes la hora que es? Vamos a der el primer acto.

L.—Voy en seguida, Elenita. *(Ella se retira.)* ¿Cómo ncuentra usted?

ÁUFRAGO.—Muy bien conservada. Se ve que la cuida d mucho. ¡Pobre Adolfo!

L.—No se vaya usted. No me deje solo. Quédese a co- con nosotros.

ÁUFRAGO.—¿Está usted loco?

L.—Tiene usted razón. No sé lo que me digo. ¡Qué en- a me da usted!

ÁUFRAGO.—Aunque sea una pequeña canallada, le con- o a usted que casi, casi no he venido más que para es- har esa frase de sus labios. Me voy contento. Pero le ero la expresión de mi profunda simpatía y mi sincero adecimiento. El poder disfrutar con la conciencia tran- a de mi felicidad actual se lo debo a usted. Ya sabe puede mandarme. Ramón Montoya, en Nueva York, nta Avenida, esquina a la Octava, hotel con jardín. Y done si le he molestado.

EL.—De ninguna manera. Y, por mi parte, aquí me tiene usted, no digo que a su disposición, porque le mentiría, pero sí a la de ella, que en el fondo es lo que a usted le interesa.

NÁUFRAGO.—¡Es usted un estoico admirable! ¿Nos abrazamos, Adolfo?

EL.—¿Por qué no, Ramón? *(Se abrazan.)*

NÁUFRAGO.—*(Mientras el otro forcejea para ayudarle a ponerse el abrigo.)* De ningún modo. En la lucha del hombre y el gabán, no admito ayuda. En América se considera una cobardía. Dos contra uno. Repito. *(Ya casi en la puerta.)* Un consejo, Adolfo...

EL.—Usted dirá.

NÁUFRAGO.—En la primera oportunidad que se le presente haga usted un viaje por mar. En un barco viejo. De vela a ser posible.

EL.—Comprendo. No siga usted. No puedo seguir ese consejo.

NÁUFRAGO.—¿Por qué?

EL.—Su naufragio ha enseñado mucho. Antes de casarnos, Elena me hizo firmar ante notario un documento comprometiéndome a no embarcarme nunca.

NÁUFRAGO.—¿Ni siquiera en el estanque del Retiro?

EL.—Ni siquiera.

NÁUFRAGO.—Entonces, amigo mío... *(Hace un gesto de resignación y desaparece, saludándole con la mano.)*

EL.—*(Viéndole bajar la escalera.)* ¡Entonces!... *(Imita el gesto de él.)*

VOZ DE ELLA.—¡Adolfo!...

EL.—Voy, mujer, voy. *(Cierra la puerta y echa a andar con paso resignado. Se para un momento, reflexiona, y luego desaparece, diciendo.)* ¡Dichoso naufragio!...

TELON

LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

RECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)—Sección de publicaciones.

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

MEROS PUBLICADOS:

. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Berr y Verneuil, ucción de Juan José Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw, música del stro Vives.
. LA AVENTURERA, de José Tellaeche, música del maestro llo.
. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín rez Quintero.
. ATOCHA, de Federico Oliver.
. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adapta- de una novela de Miguel de la Cuesta.
. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Luis Fernández de Se- y Anselmo C. Carreño, música de los maestros Soutullo y Vert.
. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
. ME CASO MI MADRE, O LAS VELEIDADES DE ELENA, Carlos Arniches.
. ¡ESCAPATE CONMIGO...! de Armout y Garbidós, versión lana de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw, música del stro Guerrero.
. EL ANTICUARIO DE ANTON MARTIN, de Antonio Paso.
. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Emilio Carrère y Fran- o de Pacheco, música del maestro Pablo Luna.
. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina (Número enaje a María Guerrero).
. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.
. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
. LA PETENERA, de Francisco Serrano Anguita y Manuel de ngora.

30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche, música Soutullo y Vert.
31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Antonio Paso y Anto Estremera.
33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luq música de Moreno Torroba.
34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinley.
35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.
36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.
37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benaven
38. LA MORERIA, de Federico Romero y Guillermo Fernánd Shaw, basada en la obra de Julio Dantás "La Severa", música maestro Rafael Millán.
39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Vello
40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
41. NO HAY DIFICULTAD y CRISTOBALON, de Manuel Lá res Rivas.
42. HERNANI, versión y arreglo a la escena española por d Manuel y D. Antonio Machado y D. Francisco Villaespesa.
43. Y VA DE CUENTO, de Jacinto Benavente.
44. LA CAPITANA, de Luis Fernández de Sevilla y Anselmo C. C rreño, música de Cayo Vela y Bru.
45. MI PADRE NO ES FORMAL, de José Juan Cadenas y E rique F. Gutiérrez-Roig, en colaboración con L. Marchand.
46. ¡BENDITA SEAS!, de Alberto Novión.
47. ¡PARE USTE LA JACA, AMIGO!, de Francisco Ramos Castro.
48. EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura.
49. EL TIO QUICO, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
50. ¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santander y José Ma Vela.—LA MAS FUERTE, de Augusto Strindberg.
51. MADEMOISELLE NANA, de Pilar Millán Astray.
52. MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.
53. EL CADAVER VIVIENTE, de León Tolstoy, traducción Torralba Beci.
54. EL DESEO, de Luis Fernández Ardavín.
55. CUENTO DE AMOR, de Jacinto Benavente, y SONATA, Francisco de Víu.
56. ¡MAS QUE PAULINO...!, de Emilio González del Castillo Manuel Martí Alonso.
57. UN ALTO EN EL CAMINO, de Julián Sánchez-Prieto, El pas poeta.
58. CUERDO AMOR, AMO Y SEÑOR, de Avelino Artis. Traduc del catalán por Arturo Mori.
59. ¡NO QUIERO, NO QUIERO!..., de Jacinto Benavente.
60. LA ATROPELLAPLATOS, de Antonio Paso y Antonio I tremera.
61. EL BURLADOR DE SEVILLA, de Francisco Villaespesa.
62. LAS ADELFAS, de Manuel y Antonio Machado.
63. LOLA Y LOLO, de José Fernández del Villar.
64. EL AUTOMOVIL DEL REY, de Natanson y Orbok, en cola ración con J. J. Cadenas y E. F. Gutiérrez-Roig.
65. MI HERMANA GENOVEVA, de Berr y Verneuil, en colabo ción con J. J. Cadenas y E. F. Gutiérrez-Roig.
66. RAQUEL Y EL NAUFRAGO, de Honorio Maura.

Si quiere usted tener la colección más completa de las obras que se estrenen en Madrid, compre todos los sábados

La Farsa

que publicará las obras de los autores más prestigiosos, las que mayor expectación hayan despertado, las de más éxito, las más interesantes.

LA FARSA

está a la venta en la

Librería y Editorial Madrid

Montera, 40, MADRID

Donde puede usted suscribirse, adquirir el número de la semana y los números atrasados que falten para completar su colección.

GUTIÉRREZ

SEMANARIO ESPAÑOL
:-: DE HUMORISMO :-:

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos.

Xaudaró.—Tovar.—Penagos.—Ribas.—Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato.—Roberto.—Barbero.—López Rubio.—Tono. Etcétera.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.—Concurs raros.—Secciones extrañas.—¡Contra la neurastenia!—¡Contra la hipocondría!—Humorismo sano.—Buen gusto.

COMPRE USTED TODOS LOS SABADOS

GUTIÉRREZ

dministración: RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

Lea usted

macaco

el periódico de los niños

Contiene historietas, chistes, cuentos, muñecos recortables, dibujos para iluminar, pliegos de soldados, etc., y otras muchas secciones, que son el encanto de los niños. No dejéis de comprarlo, pues además, obtendréis grandes regalos.

APARECE LOS DOMINGOS 25 céntimos

SI COLECCIONA USTED **LA FARSA** TENDRÁ USTED, ADEMÁS DE LA COLECCIÓN MÁS COMPLETA DE LAS OBRAS QUE SE ESTRENEN CON ÉXITO EN MADRID, UNA COMPLETÍSIMA GALERÍA DE PERSONAJES CÉLEBRES DEL TEATRO ESPAÑOL, PUES CADA UNA DE LAS CUBIERTAS DE **LA FARSA** ES UNO DE ESOS PERSONAJES, A LOS QUE DIERON VIDA IMPERECEDERA LOS GENIOS DE NUESTRA DRAMÁTICA.

Cubierta de este número:

DON HERMOGENES.

de LA COMEDIA NUEVA o EL CAFE, de Moratín.

Rivadeneyra (S. A.) Artes Gráficas.
Paseo de San Vicente, 20. Madrid